



CARTA ABIERTA A UNA CHICA PROGRE

FRANCISCO UMBRAL

La muchacha a la que escribe y describe Francisco Umbral en esta novela no es la romántica y blanquecina virgen de camelia en el pecho, sino la real hembra que tiene la regla, senos conscientes de su poder y un piercing en el ombligo; la chica progre de Madrid, de Barcelona, de Sevilla, de Valencia, la recién llegada de la provincia de tedio y plateresco, la muchacha que huye del futuro espantoso de marido funcionario, hijos en el colegio público de la pequeña capital y paseos dominicales por la calle Mayor, antes de tomar un somnífero para soportar la realidad, que no será espiritual por mucho que quieran los poetas; esa realidad que sólo se puede soportar mediante las drogas o la estulticia. La muchacha progre lo sabe y huye.

A la chica progre amada por Umbral la amamantaron con prohibiciones y ahora vive en la pura transgresión, sin saber que la transgresión que ha elegido es la que impuso el Imperio por aquellos años sesenta de inocentes revueltas de estudiantes a quienes concedieron incinerar los sostenes, sexo, droga y rocanrol a cambio de no tocar ni el poder político y el económico que son los únicos que merece la pena poseer y que son el mismo.

La chica progre de Umbral llevaba en ella el pecado en aquel reino de luz, lirios, vidrieras y salmos. Sería mujer, pues. No había dicho su palabra el cielo, sino el infierno. Condenada para siempre a ser real, de carne y hueso, de sexo y sangre, a ser de alguien. En España, los españoles seguimos siendo unos de otros: los hijos son de los padres, las mujeres son de los hombres, los pobres son de los ricos.

Umbral afirma “Yo ya no soy un joven progre porque se me está pasando la juventud y porque he progresado, quizá, todo lo que tenía que progresar, aunque nunca es suficiente, ya sabes. Una lámpara, una mecedora, una máquina de escribir. Los libros y la foto de mi hijo. Eso es todo. No es nada”. Pero no todo es desesperanza, sino alegría de la carne y del momento: “Si pones tu mano derecha en tu hombro izquierdo, has hecho amistad con una estatua. Si tapas tu sexo con una red de dedos, has creado un mito”.



Francisco Umbral

Carta abierta a una chica progre

ePub r1.0
Titivillus 05.12.15

más libros en epubgratis.org

Título original: *Carta abierta a una chica progre*
Francisco Umbral, 1973
Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

Prólogo

La muchacha a la que escribe y describe Francisco Umbral en esta novela no es la romántica y blanquecina virgen de camelia en el pecho, sino la real hembra —hay reales hembras de quince años— que tiene la regla, senos conscientes de su poder y un piercing en el ombligo; la chica progre de Madrid, de Barcelona, de Sevilla, de Bilbao, de Valencia, y también la recién llegada de la provincia de tedio y plateresco, la muchacha que huye del futuro espantoso de marido funcionario, hijos en el colegio público de la pequeña capital remota con ruinas de castillo e iglesia románica convertida en cementerio, y paseos dominicales por la calle Mayor, antes de tomar un somnífero para soportar la realidad.

La realidad del siglo veintiuno, que no será espiritual por mucho que quieran los poetas, sólo se puede soportar mediante las drogas o la estulticia. La muchacha progre lo sabe y huye a perderse en la masa, a conectar su cerebro a esa nada que es la multitud que todo lo absorbe y todo lo digiere.

A la chica progre amada por Umbral la amamantaron con prohibiciones y ahora vive en la pura transgresión, vive la desobediencia, aunque sin saber que la transgresión que ha elegido es la que impuso el Imperio por aquellos años sesenta de revueltas estudiantiles y muchachos sudorosos a quienes concedieron incinerar los sostenes, algo de sexo, droga y rocanrol a cambio de no tocar ni el poder político ni el económico que son los únicos que merece la pena poseer y que son el mismo. La chica progre se pierde en la vorágine del sexo y de la incomprensión de qué será esa cosa del mañana de la que hablan los adultos y se pierde en píldoras anticonceptivas, preservativos, jornadas de trabajo de doce horas, religiones a la carta y filosofías orientales de las que usan incluso los grandes almacenes para sacarnos más dinero, que es, lógicamente, lo único que les importa de nosotros. Lo que Occidente busca hoy en Oriente, afirma Umbral, quizá no sea una filosofía, una doctrina, una forma de vida, una estética, sino simplemente un poco de mugre.

La chica progre es mugre, indecisión, deseo de triunfar sin saber para qué, y deseo de gozar, como única salida a un futuro programado no ya desde el Pentágono (ese prostíbulo en el que se reúnen asesinos para hacemos creer que mandan) sino desde lugares que no somos capaces de imaginar, aunque nos llega su olor a petróleo, a empresa constructora/reconstructora y a arma “de última generación”.

Le dice Paco Umbral (o don Francisco, qué coño) a la chica progre: “Tú sola menstruabas en un mundo de pureza, tú —única culpable— llevabas en ti el pecado, la hediondez, la muerte, en aquel reino de la luz, los lirios, las vidrieras y los salmos. (...) Serías mujer, pues. No había dicho su palabra el cielo, sino el infierno. Condenada para siempre a ser real, de carne y hueso, de sexo y sangre”. Umbral, quien sonrío melancólico cuando se le recuerda que se ha trabajado, de joven y de no tan joven, a mucha extranjera, sabe que la muchacha quedaba condenada desde su primera menstruación a ser lo que había sido su madre, su abuela, y todas las mujeres de su familia y nos lo dice para que las nuevas muchachas comiencen a pensar si en realidad quieren serlo o si quieren parecerse al hombre. Le recuerda Umbral a su progre que “la Historia te presentaba una imagen grandiosa del hombre. Julio César, Alejandro, Platón, Goethe, Galileo, Cervantes, Napoleón, Rodolfo Valentino, Carlos V, Pemán, Heráclito y Charlot. El hombre es un gran relaciones públicas de sí mismo, ya sabes. Pero el hombre que tenías ante ti, en tomo, era otra cosa. La encarnación del hombre, para tus ojos colegiales, era el profesor asmático de Geografía, el portero cojo de tu casa, tu padre malhumorado”. Los hombres estamos condenados a desaparecer en medio de nuestra propia mitología. ¿Cómo afrontar la vida desde la masculinidad, después de Mozart, de don Ramón del Valle-Inclán, después de don Antonio Machado muerto de pena al llegar a Colliure, de Stockhausen, de Fidel Castro, quien con su figura enorme es Historia al domeñar al Imperio de la Muerte con su puro, su barba de

militar montaraz, su gesto adusto de macho milenario y su vozarrón que hace temblar a los perrillos que ocupan jefaturas de Estado? Quizá por ello la muchacha progre se cruce con tanto homosexual en su camino; porque ya no se puede ser un hombre, sólo una caricatura.

Umbral escribe a su amada imaginaria desde el grito, desde la violencia, porque, como él mismo asegura, “el mundo de los oprimidos, cuando se manifiesta, ha de ser siempre así, mediante el grito, el desafuero, el exceso. (...) La mujer, como el negro y el obrero, sólo accede a la Historia por la vía de lo excepcional. En España, o canta flamenco o se casa con un duque. Si no, a la cocina a planchar”.

Es una mujer carnal, la que nos retrata Umbral, aunque no por ello más libre: “La mujer se libera de la cárcel de la inocencia para caer en la cárcel del espejo. Pasa de una a otra prisión”.

Nada más cierto. La progre ha nacido en el tiempo del amor sin amor, como cantara Gainsbourg en francés, razón por la cual nadie se enteró, que en aquellos tiempos ya andaba todo el mundo buscando una academia de inglés que le estafara. La progre se mira al espejo para gustar y descubre que encuentra placer pero no el amor. Y cito a Umbral, que es el maestro “El amor bipersonal, gran mito romántico, occidental, idealista, intelectual, burgués, va dejando paso, en ti y en algunos otros cuerpos, al amor total, impersonal, a la marea de la especie”. O lo que es lo mismo; vivimos en el tiempo del amor sin amor y de los clubes de intercambio de parejas en París con el visto bueno del Nouvel Observateur.

Quién lo iba a decir.

Umbral denuncia el uso que se hace de la mujer, de su cuerpo, de su alma prostituida para vender más jabones vaginales, más desodorantes, nuevas ropas. “Sube despacio las escalinatas de la virtud, ponle a tu cuerpo las ropas incoloras de la sencillez y hazte digna de que la sociedad industrial avanzada te despose en una rueda de Prensa con fotografías que te piden un desnudo en exclusiva”. Ése es el futuro, muchacha, prostituir tu cuerpo y tu alma, si quieres llegar a ser algo, a tener algo.

No todo es erotismo y denuncia. Umbral, un preso más en la maldita cárcel del tiempo, aprovecha esta carta de amor y desamor —que uno piensa que merecería tener música de Luis Eduardo Aute, con foto del niño más pequeño, helado de fresa, café y película de los años sesenta en los recuerdos de aquella pareja que no pudo ser— para meditar sobre sí mismo; la materia que tiene más a mano: “Yo ya no soy un joven progre porque se me está pasando la juventud y porque he progresado, quizá, todo lo que tenía que progresar, aunque nunca es suficiente, ya sabes. Una lámpara, una mecedora, una máquina de escribir. Los libros y la foto de mi hijo. Eso es todo. No es nada”. O, como dijo en alguna otra ocasión “Vuelvo a casa victorioso y triste”. Tú, chica progre, mujer progre, que quizá no vuelvas a cumplir los cincuenta y lucieras tu progresismo en la España que se despertaba ante el cadáver tibio e insepulto de Franco, haces o has hecho tu pequeña revolución, tu mínima guerra, aunque sabes que al final del camino, sólo está, a la espera, la derrota. Pero como dice Pacoumbra “Si a su edad cumplió con su deber histórico y puso algunas bombas ideológicas aquí o allá, es indiferente que uno se frustre, con el tiempo, personalmente. No importa tanto el destino del individuo como eso que Hegel llamaba «la Razón en la Historia». (...) Toda la casa se ha quedado de nieve y soledad, y aquí estoy, hibernado, invernando, con mi tos, mis libros, mi máquina, mi amor y mi tristeza. Todo muy decadente”.

Es la confesión de amor y derrota de quien ha amado a una mujer, o a la mujer. Es la confesión escrita en forma de novela, de epístola, de grito. Pero es mejor leerlo en cada línea de este libro.

Como ha dejado escrito en esta Carta abierta a una chica progre, “si pones tu mano derecha en tu hombro izquierdo, has hecho amistad con una estatua. Si tapas tu sexo con una red de dedos, has creado un mito”.

Miguel Ángel de Rus

Carta abierta a una chica progre

Te miro en tu provincia de tedio y plateresco, aquel itinerario entre el colegio de las monjas y el cine de los sábados, paseos con el primer novio entre las álamos del río, y el beso que te dio, o su mano en tu pecho, cuando la naturaleza toda, el universo, el puente romano y los ojos del agua miraban tu pecado original.

Así encarnaba la idea gaseosa de tu impureza, así empezaba lodo, «doce veces impura», como te han llamado, muchacha, y desde los juegos infantiles, cuando el niño te ensuciaba de orines y arena, desde las páginas grandes y viriles del Antiguo testamento, tú eras la suciedad, el pecado, el mal, la boca abierta de lo inmundo.

La idea de impureza flotaba sobre ti, era el sol sombrío que le iluminaba, el jura de tu niñez, hasta que aquel día, a la orilla del agua, el primer beso, el primer novio, la primera caricia, la respuesta húmeda y asustada de tu cuerpo al suyo, te dieron la medida y la realidad de tu pecado milenario.

Doce veces impura, doce edades impura, doce universos impura. Impura por toda la eternidad, y cómo volver a casa, al colegio, al refectorio de las monjas o al cuarto de labor de mamá, lodo ha sido así en España y en el mundo, y si a la mujer se la rodea de flores, si se le dice todo con flores —«dígaselo con flores, picase»— es porque hay un convencimiento secreto de que la mujer huele mal.

Tú no habías leído a *Nietzsche*, a *Hegel*, a *Schopenhauer*, pero todos estaban convencidos de que no tenías alma, aunque te miraban ya el cuerpo incipiente, al pasar, porque cuerpo sí que tenías, o ibas a tenerlo enseguida, y para mejor disponer de aquel cuerpo, era preferible despojarlo filosóficamente de alma.

Hoy, como otras palabras están mal vistas, dicen que eres una progresista, y los costumbristas de urgencia te llaman progre, pero yo te miro en aquella infancia de postguerra, sobre poco más o menos, cuando jugábamos en lo que habían sido refugios antiaéreos, y tenías cinco o siete años y andabas medio desnuda por los desmontes, las ruinas, los escombros, los humos y las hambres, pues las guerras siempre aceleran un poco o un mucho la marcha de los tiempos —dicen los partidarios de hacerlas o los que juegan a consolarse con todo—, y gracias a la guerra pudimos nosotros, niños de postguerra, verte desnuda mucho antes de lo que habríamos podido en tiempos de paz.

No siendo gitanos, como no éramos ni tú ni yo, no siendo sino niños de familias de orden, cuándo, sino gracias a la guerra, habrías andado tú con la braguita malva perdida, paseando tu desnudez párvula por sobre un paisaje roto de alambradas inútiles y bombas fallidas. Así que, quieran que no, la guerra nos maduró desde niños, y tú nunca tuviste las hopalandas y las sobrefaldas que hacían púdica y angelical a una niña antes de la guerra.

Alas tampoco te salieron, como les salían a las niñas de antaño, pues ya no era nada tan bonito como entonces, y puesto que no tenías alas pudiste venir con nosotros, con los chicos, a jugar en las cloacas, en los desmontes, entre las tapias, y fuiste eso que se llama un chicazo, y eso llevas ganado, porque la niña con alas se encuentra muy incómoda de jovencita, y los novietes, al primer apechugón, se extrañan de tanta pluma y les parece que están seduciendo a una gallina, de modo que se van cantando bajito y si te he visto no me acuerdo.

Quizá tu frustración es el no haber tenido alas de niña, aunque *Freud* dice —ya sabes, don *Segis*— que tu frustración es no haber tenido pene, pues los señores sabios se han empeñado siempre en explicar la feminidad como una frustración y en buscaros lo que os falta, porque no se hacen a la idea de que a la mujer no le falte nada.

Ellos son así.

No hay más que leer las cartas de amor de *Freud* a su novia para ver que era un cursi y que de mujeres no sabía una palabra, ni por ciencia ni por experiencia, pues ya desde sus estudios de la sexualidad infantil empieza con lo del erotismo vaginal, que es un fantasma, y condena el erotismo clitoridiano, que es el gran erotismo femenino,

como una aberración.

Marie Bonaparte, nieta del emperador y discípulo de *Freud*, observa que ciertos salvajes castran el clítoris a sus mujeres para hacerlas frías y evitar el adulterio, a pesar de lo cual no se da por convencida de que el clítoris sea la clave del erotismo femenino, y saca del hecho consecuencias contrarias. Los salvajes en cuestión sabían más que ella de mujeres, y más, por supuesto, que don *Segis*, que perdía mucho el tiempo en su despacho ceniciento de Viena, mientras las mujeres de verdad, clitoridianas y vaginales, bailaban el vals en aquella ciudad alegre y confiada.

Albert Ellis y otros científicos han dejado esto claro, pero todavía *Simone de Beauvoir* habla del orgasmo vaginal como de un quinto cielo, y esto es tan literario y tan anticientífico como hablar de las delicias de la noche de bodas, que suele ser tediosa, torpe, sangrienta, premiosa y mediocremente turística. Porque todos esos pensadores y científicos, al defender el orgasmo vaginal —inexistente—, están defendiendo en el fondo una realización sexual armónica, casi un ballet erótico, una unión mística de la pareja que no ha tenido nunca lugar en ninguna de las especies, pues en unas se da con precipitación unilateral y en otras con mucha armonía y unción como en algunas parejas humanas, pero con poca gratificación libidinal verdadera, ya que el acto sexual humano ha de ser y es —léase a *Reich*— plural, variado, libre, sucesivo, anárquico, imaginativo y pragmático, sin posibilidad de ajustarse a ningún modelo escultórico.

Así las cosas, la defensa del orgasmo vaginal supone una pretensión de apolineísmo erótico que es la última apelación al idealismo dentro de la alcoba, con todo lo que el idealismo tiene ya de irracionalismo para la filosofía dialéctica.

Los últimos movimientos de liberación femenina que andan por el mundo ponen tanto énfasis en que se le haga justicia social a la mujer, por ejemplo, como en la defensa del clitoridianismo, pues la distinción de la señora *Bonaparte* entre clitoridianas y vaginales es puramente especiosa, ya que sólo hay clitoridianas, y las otras, las llamadas vaginales, no son sino frustradas, adormecidas, pasivas, frías.

Donde se ha dicho durante siglos que la mujer no tenía alma, debió decirse que la mujer no tenía clítoris. Ya sabemos que el orgasmo femenino es un hecho cultural, un descubrimiento muy tardío, porque el clitoridianismo ha estado prácticamente dormido a lo largo de los tiempos.

La nueva mujer clitoridiana (que la *Bonaparte* condena como viriloide o sáfica) es la mujer agresiva, liberada, que ha conquistado su personalidad y su carácter, su vida sexual plena y, por tanto, una seguridad fisiológica y mental.

Pero entonces, muchacha, en aquellos años lluviosos y nublados, tú eras sólo una niña semi-desnuda por las ruinas del país y yo te miraba con ojos de pecado, y nuestro paraíso terrenal fue un mundo de ruinas y escaseces donde a veces tú tomabas la iniciativa erótica, en los cobertizos del suburbio, porque la niña, como la salvaje, todavía tiene iniciativa, y luego la pierde, se la arrebatan, en la vida, con la educación, el virilismo, las conveniencias de las gentes bien nacidas, el hogar, el matrimonio y los consejos de las tías solteras, que son unas arpías.

Pero decía que te miro en tu provincia de tedio y plateresco, etcétera. (Malo es empezar con un alejandrino).

La abuelita «rezaba el rosario de los nietos», como dijo el poeta, e incubaba, clueca de tradición, viejos tópicos y viejos refranes, como ésos que *Ionesco* ha caricaturizado en «Jacobó o la sumisión» (eran los tiempos en que *Ionesco* aún no le hacía visitas a *Pompidou*): «Para cocer las viruelas son mejores las cazuelas». Con tales cazuelas y tales viruelas se ha cocido la sabiduría hogareña durante varios siglos, y de ahí lo mismo salía un dibujo para almohadones que un remedio para la tosferina, una hila para el dolor de muelas o un unto para la embarazada.

La abuela es la referencia femenina más remota que hay en tu familia, y todavía se asoma la difunta a ventanas ovales, pianos invernizos, para recordarte que el mundo está bien hecho y reprenderte por lo de la píldora, que a ella, desde su limbo de los justos o seno de Abraham, le parece que son aspirinas. «Esa niña se está matando con tantas aspirinas». Las educaron así, pasivas, sumisas, soberbias, con orgullo de clase y vergüenza de sexo, y cuanto más frías eran más señoras, cuanto más ignorantes más puras.

La abuela casó con el abuelo, quizá porque eran de la familia, o porque él era el mejor amigo de papá, de su papá, pues en aquellos tiempos se llevaba aquel raro incesto legal de pasarle la hija predilecta, en matrimonio, al mejor amigo, a aquél que es como la contrafigura de uno mismo y con el que se ha ido por ahí de mujeres —«de coristas», decían ellos— más de una vez.

Es como pecar con la hija por delegación, y el amigo vicario cargaba con las consecuencias y con la niña.

«Ella fue honestá», se titulaba una novelita verde de don *José María Carretero*. «El caballero Audaz» (todos los caballeros, por entonces, eran audaces) y la abuelita también fue honesta, hizo sus novenas, soportó a un marido de lujuria y nicotina y finalmente lo amortajó con la Cruz de Santiago o el hábito de franciscano.

La abuela lejana y milenaria, la abuela centenaria y enlutada es el globo femenino que cruza como una bandera negra las habitaciones de la vieja casa, en la que tú ya no vives, y más que la revolución contra tu madre, la estás haciendo contra tu abuela, porque a la madre la ves hecha un lío, la pobre, indecisa, insegura, intermedia, pero la abuela todavía tuvo el empaque de doña *Emilia Pardo Bazán*. Aquellas recias abuelas de la raza, señoras de butacón de mimbre y autoridad, que, a fuerza de no ejercer como hembras, acababan ejerciendo como hombres con la familia y los criados, mandando y ordenando, haciendo de *Catalina la Grande* en la Santa Rusia del hogar, pero sin alabarderos para por las noches —Jesús, Jesús—, como la emperatriz.

Reinaban en la estepa de su frigidez y troquelaron a mamá a cal y canto, hicieron de tu madre la señora rezadora y afligida que ahora ves. La ilustración de las familias era una cosa que entonces estaba muy de moda, pero las familias se han ido deslustrando progresivamente y si tu madre fue ya una pálida imitación de tu abuela, tú eres un producto nuevo y raro, híbrido y anfibio, centáurico y apócrifo, que ya no borda, ni cose, ni canta, ni llora, ni suspira. ¿Qué rayos es lo que haces tú?

Un escritor español se preguntaba una vez qué iba a ser del país cuando se fuesen muriendo todas esas viejas incansables, ayudadoras y tenaces que fueron la generación de las abuelas. Se habla de ruptura generacional, de conflicto entre padres e hijos, pero habría que hablar, realmente, de conflicto entre abuelos y nietos, porque los padres están ahí, de generación intermedia, atónitos, sin entender nada, yéndose al cine o a la novena para echar balones fuera, y no saben de qué va, aunque hacen como que sí.

Las abuelas, las abuelas fueron las pioneras atroces del continente puritano de la burguesía, y están ahora en sus orlas hogareñas, lejanas y míticas, dictatoriales y necrológicas, mirándote cuando estudias, cuando no estudias, cuando haces el amor, cuando haces la guerra, y te ven desde su valle de Josafat, como te veían desde la solana, en los veranos del pueblo.

Se rompe fácilmente con la madre y con el padre, porque están demasiado cerca, se los desaloja del interior de uno, su estar vivos los objetiva, pero las abuelas, los abuelos, aquella generación mítica y grave, la última gran generación burguesa con conciencia de clase (lo que tiene la burguesía ahora es mala conciencia) todavía pesa sobre nosotros, pesa sobre ti, y de alguna manera ensombrece tu vida, porque estás viviendo, estamos viviendo todos de los flecos y las herencias difusas de una moral fin de siglo.

El folklore semántico a la moda te llama contestataria, progresista y contracultural, y eres todo eso y mucho más, quizá, pero sólo te habrás realizado plenamente cuando hayas desalojado de ti la imagen autoritaria y matriarcal de la abuela. *Freud* hablaba de asesinar al padre. A quien hay que asesinar, oye (dicho sea metafísicamente y sin enrollarse) es a la abuela.

Mamá, ya sabes, qué te voy a decir, que a días se siente muy moderna y quiere ser tu mejor amiga. Qué pena, qué desaliento cuando las madres quieren ser las mejores amigas, cuando los padres quieren ser los mejores amigos. Eso es una cosa que a veces se da en la vida, pero casi nunca, y no, desde luego, por un propósito de fin de semana.

Hubo aquel tiempo en que creías ciegamente en ella. Luego la has querido y ya está. Se habla mucho, ya digo, de la ruptura con los padres, pero yo insisto en que la ruptura debe ir más allá, hacia los abuelos, y también ser colateral, porque las tías y las primas hacen más daño que nadie. «Cómo te vas a ir sola a Ibiza, hija, qué diría tía Bendita». Tía Bendita se quedó soltera. Era la vecinita de enfrente, que solterita se quedó mientras los niños jugaban a la rueda rueda, era la soltera española cantada por doña *Concha Piquer* antes de poner unas galerías de arte en El Rastro, y tomó sobre sí la sagrada responsabilidad de intervenir la vida moral de la familia, la virginidad de las niñas y la educación de los chicos.

La revolución, pues, no debe ser tanto lineal como colateral, y de quien más hay que defenderse es de las tías por parte de padre y por parte de madre, pues ellas son el coro griego de las familias y subrayan en voz alta todo lo que el protagonista y el deuteragonista, el padre y la madre, están pensando sin atreverse a formularlo. Las tías, las cuñadas, todo eso. Cuñada no es siempre una señora hermana política de mamá. Cuñada, más que un parentesco, es una categoría humana, un biotipo, una manera de ser, «una extraña manera de ocupar un lugar en la tierra», como tituló alguien un cuadro. La que nace cuñada ejercerá toda la vida de tal y pondrá cuñas de cuñada en las relaciones familiares.

A mamá la coartan mucho las cuñadas, la cohíben, y ella te comprende un poco, quizá sólo un poco, pero las cuñadas no te comprenden nada, porque son las hermanas de tu padre y le dicen a él, cuando va a comer la paella que le hacen una vez al año:

—Claro, te casaste con una mujer sin principios y así está educando a la niña, que hasta la han visto en el drugstore tomando un sanfrancisco.

Del mismo modo que el obrero se revuelve, no sólo contra el patrono tirano y explotador, que los hay, sino también contra el subordinado acusica, contra el esquírol y el integrado, tú debes revolvete contra las cuñadas, las tías y las visitas de la familia, que son las que más malmeten.

Mamá, la pobre, ríe y llora, hace la cuenta de la plaza, te lee las cartas, cuando puede, y está al día de las subidas de la merluza y los programas del segundo canal, pero es de alguna manera el moro muerto con el que no debes malgastar tus grandes lanzadas, y cosa parecida podría decirte de papá (perdona el tono a veces paternalista de esta carta, pero lo da naturalmente el género epistolar y la inercia de los géneros es una cosa contra la que todavía no hemos aprendido a luchar los escritores hegelbarralianos, ya me entiendes).

Tuviste, allá por los últimos años cuarenta, una hermana mayor que fue niña topolino y

que anduvo entre los modelos eróticos de *Amparo Rivelles*, *Elena Espejo*, *Shirley Temple*, *Carlota Brontë* y *Carmen Miranda*. Hoy, la niña topolino está casada con un médico en la provincia de Almería y son bastante felices. Eran las contestatarias de aquella época e hicieron grandes locuras en el Sésamo madrileño. Leían a *Carmen Laforet* y a *Somerset Maugham*.

Sé que te escribes poco con ella y que ya no os entendéis. Una vez, en nochevieja, cuando se puso un poco piripi en familia, con el anís del mono, lloró a solas contigo en el cuarto de baño y te dijo que su vida era una mierda y que no te casases nunca. A ti te dio una pena lamentable e intelectual aquella revelación tardía, esperada y nocheviejera. Casi todas lo hacen en esa ocasión, si tienen una hermana menor que las escuche, pero luego empiezan el nuevo año comprándose de Reyes una consola, un nuevo modelo de televisor y un abrigo de chinchillas (imitación) como el de la esposa del director gerente de su Paco.

Irrecuperables, sí, irrecuperables. De modo que hablemos de tu infancia rosa, el descubrimiento genital como horror, vacío, la envidia del pene, el complejo de castración y toda esa literatura de don *Segis* que felizmente habrás superado, espero, porque don *Segis*, en lugar de observar a las niñas, que son naturales, sabias y silvanas, se dedicó a imponerles normas de conducta y a arrimarles el orinalito del psicoanálisis, con lo cual, como más o menos dice *Eva Figes*, se ha cargado a varias generaciones.

En fin. Que la filosofía está en crisis, también la de don *Segis*, y hay jóvenes pensadores españoles que hablan de la filosofía tachada, y gritaban los chicos de Nanterre que toda ideología es de derechas, pero yo no me voy a meter en eso.

Los profetas de *Sausalito* recuerdan que la verdad, como la luz, viene de Oriente, y al sol siempre nuevo del Oriente vuelve a ser verdad tu cuerpo de niña desnuda y natural, pariente de la planta y el astro, no necesariamente fosilizado por cualquier teodicea laica. Tu abuela puritana fue la tesis. Tu abuelo golfo, la antítesis. ¿Eres tú la síntesis femenina y actual de la vieja pugna española entre liberales y conservadores?

Espero que no. Eres, en todo caso, un supuesto hegeliano con pantalón de pana y sin sujetador. A partir de ahí el mundo puede ser tuyo.

Pero mucho cuidado con las títas, ya te digo. Y con las cuñadas. No olvides la revolución colateral, que es la más importante y, sobre todo, la que a ti te toca hacer, pues la otra, la lineal, esperamos que la harán por nosotros, con nosotros e, incluso, si hace falta, contra nosotros.

Llamo revolución colateral, ya sabes, a la lucha con la vida alrededor, a la incineración concienzuda, filosófica y silenciosa de lo que tienes en torno.

Dijo *Lawrence* de la obra de *Proust* que era una anarquía con buenos modales. Los buenos modales son siempre recomendables, sobre todo cuando no te dejan tener otros. Todavía *Baudelaire* veía en toda mujer que escribe un hombre frustrado. Por la misma razón, podríamos ver en todo hombre que no escribe una mujer frustrada. A nuestros antepasados les perdían las frases. Yo no sé si tú escribes o no, ni falta que hace saberlo, pero ten cuidado con el mote de progre, que es cosificador como cualquier otro y acabarás saliendo en las piezas de café-teatro como las existencialistas de Sésamo salían en los chistes de «La Codorniz».

Queramos o no, hoy las ciencias revolucionarias adelantan que es una barbaridad y ya no hay demasiadas probabilidades de que acabes, como tu hermana mayor, la chica topolino de los felices cuarenta, llorando por nochevieja en el cuarto de baño con una decepción metafísica de anís del mono. Quiero decir que no hay demasiadas probabilidades de que te casen con un médico del Seguro con destino en la provincia de Huelva.

Seguramente esta carta te va a llegar tarde, cuando ya hayas huido hacia París, Londres, Berkeley, Katmandú, Amsterdam o Ibiza. Me alegraré de que esta carta se

pierda. Es su mejor destino, perderse, encontrar un apartamento vacío, una puerta cerrada, una cama sola, unos pósters abandonados. Pero si no hay suerte y sigues ahí, tomando cafés adulterados, leyendo periódicos homologados y discutiendo con pálidos estudiantes que saben latín, te ruego que me escribas tú a mí, que también estoy muy adulterado de café con leche, porque me hace mucha falta recibir carta, consejo, orientación, consuelo, ánimos, esperanza y toda la sabiduría directa y cruel de una mujer un poco más joven y más libre que yo.

Las monjitas, claro, el colegio, desde muy pequeña, luego te explicarían que no era necesario desnudarse del todo en la ducha, sino que resultaba preferible ducharse con el camisón puesto, un gran camisón que borraba tu cuerpo, y, mucho más adelante, te dirían que debieras reservarte y no acudir a los domingos eucarísticos los días en que estuvieras con tus impurezas, tus miserias, tus enfermedades de mujer. Todo eso.

Una niña es un ángel, e incluso le salen alas en las veladas del colegio. Ya hemos hablado antes de las alas de las niñas. Lo que pasa es que las alas blancas del día de Navidad se van ennegreciendo con el tiempo —como tu pelo, rubio cuando naciste, negro ahora, hasta convertirse en alas de *Satán*—. Quiero decir que el ángel va teniendo cuerpo, que el cuerpo va teniendo alma.

Ya sabes que en otro tiempo se reunieron los sabios para determinar el sexo de los ángeles. Ni los ángeles tenían sexo ni las mujeres tenían alma. Luego vino la rebelión de los ángeles y la rebelión de las mujeres. Todavía se duda de si las mujeres son ángeles, pero ya no duda nadie de que los ángeles no son mujeres.

En todas estas disquisiciones, tú te habías hecho casi mujer, te habían nacido las alas de la impureza, ya que no las de la pureza. Mudaste de alas como las serpientes mudan de camisa, y no dejabas de tener cierta conciencia de serpiente, por lo que la Historia Sagrada te había explicado.

Las alas de la infancia —ay— eran caedizas, alas postizas de función colegial, pero las alas de murciélago que da el demonio duran ya toda la vida, no se caen hasta la muerte, y con ellas vuelas ahora lejos del hogar, por el pub y la biblioteca, por los apartamentos dudosos y las ciudades extranjeras, y lo que queda, en la almohada, a la mañana, cuando te levantas, no son unos cabellos desprendidos, sino unas plumas de tus alas negras y satánicas.

Aquel muchacho casto y puro, doncel y ultra al que sedujiste una vez, encontró ese rastro en la sábana, después de haber yacido contigo, encontró unas plumas negras, unos pelos largos, la señal de que el demonio lo había poseído aquella noche. Ahora está en un convento de clausura o en una residencia del Opus Dei, no lo sé bien, purgando su pecado.

A lo mejor se hace ingeniero, se casa con una niña Telva y no vuelve a acordarse de ti para nada. Pero siempre temerá, a la hora insoslayable del amor, descubrirle a su casta esposa alas de demonio. Por eso no consiente nunca en que su mujer se desnude en la alcoba. Para no verle las alas. Para no saber jamás si tiene alas de ángel o de diablo.

Las monjitas, decías, cuando empezaron a mezclarse en tu pupitre las estampas santas con los cromos de *Clark Cable* y los programas de sus películas.

El convento-colegio era un mundo de Historia Natural asexual y flores a María. El sexto, tralarala. Aquel tralarala con que os saltabais el sexto mandamiento, en la lección de catecismo, era la clave de la vida. Tardaste algún tiempo en saber que el mundo, los astros, las especies, los hombres, las cosechas y los papás funcionaban por el tralarala. Toda la filosofía, la Historia, los sistemas, las civilizaciones, los imperios, las razas, todo estaba sintetizado genialmente por las monjitas en su tralarala. *Ni Kant* ni *Sócrates*, ni *Freud* ni *Goethe* dijeron tanto sobre el hombre, ni en tan pocas palabras, como el tralarala de las monjitas.

—A ver, niñas, los mandamientos de la Ley de Dios.

—... y el sexto, tralarala.

Pero ahora estamos en la revolución del tralarala. Te creías tea, entonces, porque aún no habías descubierto el carácter. Desde el Romanticismo para acá, el carácter importa más que la perfección, pero el Romanticismo no ha pasado por el colegio de las santas madres, de modo que allí se sigue rindiendo culto a la perfección, a unos modelos estéticos de escayola con la nariz recta y la anatomía efectivamente escayolada.

Tú no eras una belleza de lámina de dibujo, y otra belleza no se conocía en el colegio,

de modo que ibas a ser muy desgraciada en la vida y más valía que te fueses de misionera al Congo.

No era tan malo irse de misionera al Congo. Los negros del Congo compran y venden con sellos de correos que les enviamos de todo el mundo, y tú soñabas con un paraíso de enfermedades tropicales, angelitos negros (todavía sonaba *Machín*) y sellos de correos usados. La hucha del Domund era sólo un test, y como tú habías llenado la hucha mejor que nadie, estaba claro que eras nacida para postulante.

Te imagino postulando en el Congo, siempre postulando. ¿Cómo se torció tu carrera, tu vida? Ser apóstol o mártir acaso, decían los himnos de tu infancia. Ahora, ni apóstol ni mártir. Una chica rara es lo que dicen que eres.

En el fondo de tu pupitre, por entonces, gomas de borrar, cartas de otras colegialas, confidencias florales, la pluma de un amigo de tu hermano, que se la dejó en casa una tarde en que fueron a estudiar juntos, los programas de las películas, casi todas en tecnicolor, de doña *Natalia Kalmus*, y las fotos de *Gary Cooper*, *Gregory Peck*, *Marlon Brando* y *José Luis* el de la guitarra.

Del fondo del pupitre te viene todavía el aroma de la infancia, el olor del pecado, un aura de manzana de la merienda, todo el contenido manifiesto y no manifiesto de tu corazón y de tus sueños, lo que luego has sido. No eres sino, quizá, el desarrollo y la propagación de todo lo que contenía, revuelto, el fondo de tu pupitre.

Llevas en el alma, llevas por alma un fondo de pupitre escolar con libros prohibidos, películas prohibidas y nombres prohibidos. Te amamantaron de prohibiciones y ahora, naturalmente, vives en la pura transgresión, vives la transgresión, eres mera transgresión y sabes que no serás realmente libre mientras la libertad tenga todavía para ti un sabor de transgresión, que era el sabor de la manzana erótica del colegio.

El uniforme, azul o gris, marrón o negro, borraba tu cuerpo, te igualaba con las demás, te confundía, y de esta regimentación salías frustrada cada día. Los domingos tratabas de ser tú, vestirme de otra forma, robar las faldas de tu hermana mayor. En los domingos tenía lugar la resurrección de tu carne, una resurrección semanal y mediocre, porque como a todas las demás les pasaba lo mismo y todas se nutrían del guardarropa de sus hermanas mayores, y las hermanas mayores tenían muy poca imaginación, pues al final os encontrabais uniformadas de nuevo —rebecas rosa, faldas escocesas— en el paseo provinciano.

(Te miro en tu provincia de tedio y plateresco, etcétera). Pero no temas, que no voy a hacerte una carta en alejandrinos. Así que el domingo, que debiera ser el día más santo, era paradójicamente el más pecador, porque el domingo se cifraba para ti, sobre todo, en un armario de hermana mayor secretamente expoliada, y ya el olor de ese armario era pecado. Olor a mujer hecha, a ropa libre, a novios, a fascinantes e incomprensibles sujetadores, tan ociosos en tu cuerpo colegial.

Entre el olor del pupitre y el de aquel armario pasó tu infancia precoz, tu adolescencia culpable. Dice *Proust*, ya sabes, que en el olfato reside la memoria involuntaria, que es la que nos depara más secretas sensaciones.

¿Aspiras todavía, de vez en cuando, aquel olor, el olor de tu primera rebeldía?

La mística del colegio era la limpieza. Las santas madres practicaban la limpieza, vivían la limpieza como una metafísica. Puede que la tendencia juvenil a no lavarse, el orientalismo y todo lo que caracteriza el mundo oloriento de los hippies no sea sino una respuesta a la obsesión aséptica de la primera y la segunda enseñanza. Lo que Occidente busca hoy en Oriente quizá no sea una filosofía, una doctrina, una forma de vida, una estética, sino simplemente un poco de mugre.

Se trataba de limpiarte por dentro y por fuera, de que brillases hueca y pulida como la campanita de platino sobredorado con que las monjitas te llamaban a oración, a refectorio, a clase. Tú, naturalmente, empezabas a buscarte a ti misma en tus olores, en tus colores, en tus sabores, todos esos excipientes de intimidad en que va cuajando

una personalidad a través de todas sus crisis. No sé si habías llegado ya a la crisis de identidad, que dicen los psicosomáticos, pero, en todo caso, necesitabas de tu propia atmósfera, del clima de tu cuerpo, como la planta necesita del mantillo, como el geranio necesita de la tierra y la maceta.

Pero la limpieza del colegio era un poco inhumana porque se proponía dejarte sin mantillo, sin dulce barro de intimidad en que arraigar y nutrirte. La obsesión de la limpieza puede llegar a ser una inquisición cuando persigue incluso el aura impalpable de la persona, su dulce rastro corporal, la estera de su vida.

No se trataba tanto de fregar los metales, las platas, los azulejos, los cristales, los candelabros y las tarimas como de fregarte a ti el estofado de intimidad que te iba dando la vida. Aquella pedagogía de la limpieza llegaba a borrar las facciones —o al menos lo pretendía— como se las borraba a algunas imágenes religiosas antiguas, ahuyentándoles el valioso estofado medieval a fuerza de plumero y dejándolas en un trozo de madera.

Tu rostro era ya un poco como el de aquella Madona que las santas madres habían heredado de una piadosa marquesa, y que a fuerza de luz, sol, limpieza, lejía y plumero se iba tornando impersonal, intemporal, madera inexpresiva, virginidad vegetal, mueble.

A tus educadoras les molestaba el estofado pagano de las imágenes santas como les molestaba la veladura de personalidad, de intimidad, que iba teniendo tu rostro, y entonces tenías que arrancarte esa veladura a fuerza de asperón y estropajo, a fuerza de jabón lagarto, sosa y bayeta. El colegio te quería tan pura, tan translúcida, tan etérea, tan clara y virginal que casi no te quería.

¿Eras tú el cristal atravesado por el rayo de sol sin romperlo ni mancharlo? Llegaste a creer que sí y es cuando tuviste tu crisis de fervor, tu amago de santidad, tu apoteosis de pureza y de culpa.

El cristal se te podía quebrar cualquier mañana, pero si el sol te lo respetó, la luna, en cambio —en el colegio no contaban con la luna— dibujó en el cristal de tu alma dibujos extraños, y su luz nocturna, lejana y tenue te dejó empañado el cristal para siempre, esmeriló el vidrio de tus adentros con la veladura del saber, del insomnio, del secreto, de la duda y del sexo. Qué hermosa cuando vivías aquellos meses eucarísticos de recogimiento y jardín.

Qué llama blanca cuando todavía conservabas el cristal puro, cuando tornabas a tu reclinatorio con la cabeza baja, las mejillas encendidas, las manos juntas, los pies torpes, los ojos cerrados y el corazón fuera de su sitio. Pero la noche, oye, la noche te trabajaba, la luna era la sutil visitadora de tus desvelos, y lo que ganabas de día lo perdías en el sueño o en la vigilia. Ibas para santa, para mártir, para virgen, para beata o abadesa, pero estaban las noches.

Claro que el colegio estaba preparado contra la noche, contra los incendios nocturnos del demonio, como un parque de bomberos celestial, con toques de campanilla, vasos de agua, oraciones, vigilancia, lamparillas y estampas. Pero el reino de las vírgenes como tú era el día, la luz del sol, la verdad de las flores, la claridad del Antiguo Testamento, grande y cruda, sobre las tapias del huerto. La noche es algo con lo que hay que transigir, pero nada más. La noche es al día lo que el cuerpo al alma. Un accidente, un incordio, una carga, un peligro.

Qué perfecto el mundo si sólo hubiera días, mediodías, y sólo hubiera almas. Almas colegiales incendiándose de fervor en el mediodía de la capilla. Pero hay noches y hay cuerpos. Durante el día, al cuerpo lo borra la luz, la ropa, la actividad, el estudio. Durante la noche, el alma se te metía dentro del cuerpo como la tortuga dentro del caparazón —aquella vieja tortuga que cuidaba la hermana tornera—, y no había manera de encontrarla. Ya eras sólo cuerpo, cuerpo a solas. ¿Qué hacer con tu cuerpo?

Así, tu vida se tejió de días santificados y noches malditas. Lo que ganabas a una hora lo perdías a otra. Si no hubiera anochecido nunca, hoy estarías en los altares. Pero la noche te frustró, te fraguó, te venció. Los bomberos celestiales salían cada noche por los pasillos hacia los incendios de *Satán*, pero el demonio, como los guerrilleros en el monte, hacía hogueras en todas las esquinas, prendía un cuerpo aquí para llevarse otro de allá, y las tocas, las campanillas, los remedios, las oraciones y los aspergios de agua bendita no bastaban a remediarlo todo.

Qué noches de fogata, en el convento, qué trajín de llamas y pecados.

Tú eras una de las más amenazadas. Se ha hablado de las Tentaciones de *San Antonio*, se las ha descrito e incluso pintado. Pero ¿y las tentaciones de *Antonia*. De *Antoñita* la fantástica, que eras tú cada noche?

La noche te perdió. La noche y el día se disputaron tu cuerpo, tu alma, en la larga lucha del convento, y mientras la niña que fuiste anda por días puros, a la luz del sol, misionando, sufriendo, cantando alabanzas, la mujer que hoy eres vive la noche, «trasnocha de día», está llena de noche.

Qué misionera se perdió la cristiandad. Por que tú tenías fibra, como decían las santas madres. Pero te faltó la vocación final.

Ay de tus noches.

Mas estalló el sol de sangre que llevabas en el vientre. Estalló un día dentro de ti la granada de la fecundidad, y te llenaste de susto y comprendiste aquella advertencia del colegio. No hay que frecuentar los domingos eucarísticos cuando el cuerpo de una es impuro, cuando hiede, y te llenaste de terror y de orgullo, y entonces tuvo para ti su sentido último la mística de la limpieza que reinaba en el colegio.

Ésta era la mancha roja que trataban de raer de la especie, éste era el pecado cíclico que te hacía maldita. Mujeres encastilladas, niñas recludas, llevando dentro de su cuerpo el sapo rojo de la lujuria, el río encenagado de la vida.

Todo tu cuerpo blanco tu vientre leve, atravesado por el turbión de la especie, la madurez de las madres, el color inconfesable de la impureza. Lo que ellas hubieran querido borrar de la raza femenina, del cuerpo, del alma de la mujer, era el estigma púrpura del mal, la señal de la fecundidad, el signo violento de la continuidad gozosa de la vida. Frotaban tarimas, raspaban maderas, raían lienzos, aspaban vasijas, pero no podían detener el alba roja y cíclica del cuerpo, y ése era todo el mal.

Malas explicaciones de tu madre, silencio hosco del colegio, ignorancia o sonrisa de las compañeras, y tú a solas con tu cuerpo, con aquel crimen sin víctima, aquella carnicería sin enemigo, dando a luz tus primeros hijos de nada y de nadie, pariendo mensualmente una estrella roja, la sombra escarlata de un hijo.

Todo esto podía haber sido natural, riente, gozoso, cotidiano, pero te lo hicieron secreto, maldito, turbio, solitario y odiado. Tú sola menstruabas en un mundo de pureza, tú —única culpable— llevabas en ti el pecado, la hediondez, la muerte, en aquel reino de la luz, los lirios, las vidrieras y los salmos. Aprendiste a odiarte, te llenaste de pecados originales.

Debes por lo tanto, rechazar ahora todo sentimiento de culpa, porque el sentimiento de culpa te viene siempre de aquel error primero. Te hicieron culpable para cobrarte una expiación de toda una vida. También tu madre, sí, también tu madre. Durante mucho tiempo has creído que tú eras tu culpabilidad. Pero ahora sabes que tu culpabilidad es lo único que no eres tú, y todas las sucesivas culpas que te va añadiendo la vida —por omisión, por dejación, por egoísmo, por generosidad— no son sino sucesivas reencarnaciones de la culpa primera de haber menstruado un día, cuando niña. Querían que raspases tu propia sangre, que la borrases, porque era tu culpa y es la noción de culpa lo que debes raspar, borrar de ti, para que la sangre resplandezca fresca y roja.

Mas eso lo sabes hoy. Entonces ibas a través de los largos corredores como un fantasma llagado, como una aparición goteante, ocultando tu crimen, embarazada por el viento, y todo el mundo te lo leía en el rostro y ya no podrías misionar en el Congo ni postular en tu provincia de tedio y plateresco, porque no eras de la raza blanca y seca de los espíritus puros, sino de la raza sucia y olorienta de las mujeres, de las madres múltiparas, de las prostitutas y las lujuriosas.

Habías pasado varios años esperando una señal celeste, una llamada musical, un signo purísimo, y lo que te llegaba, al fin, era un aviso inmundo, una floración de sangre, un jardín pecaminoso nacido de tu cuerpo. «Lo azul soy yo», dijo el escritor francés a efectos poéticos. Lo azul soy yo, podías haber dicho a tus doce años, cuando te creías translúcida. Lo rojo soy yo, descubriste un día.

Pero pasó el tiempo, se repitió aquella catástrofe íntima y te reconciliaste con tu cuerpo. Habías vivido entre el cielo y la tierra, indecisa, sin saber si ángel o mujer, esperando una voz, y la voz no te había llegado de arriba, como querías, sino de abajo, de lo más bajo. Fue una palabra de fuego que dijo tu cuerpo, un estallido silencioso, y, al fin y al cabo, esta palabra te decidió. La voz sobrenatural, la llamada que espera todo adolescente, se produce siempre, sólo que de una manera corporal, y no suele venir de donde se la escucha, sino del extremo contrario.

Serías mujer, pues. No había dicho su palabra el cielo, sino el infierno. Condenada

para siempre a ser real, de carne y hueso, de sexo y sangre.

La realidad, sí, es una condena cuando se vive en el mundo lírico de los crepúsculos místicos y las albas de oro santo. Lo que entonces creíste tu condena (condena secretamente aceptada y deseada) era por el contrario tu liberación. La rebeldía periódica de tu cuerpo frente a la pureza exterior e impuesta.

Podrías pasarte el mes limpiando, fregando, quitando el polvo, siendo casta de cuerpo y alma, forrando tus libros y ventilando tu cuarto, pero al cabo del mes volvería a producirse la invasión de la vida, la respuesta terca de la especie, yeso, de lo que nunca se hablaba, era contra lo que se luchaba día a día con agua bendita y agua del grifo, con estropajos, paños y escobas.

Era el secreto rojo, sabido y callado que os daba razón de ser, a unas por puras y a otras por impuras. Cuánto tiempo perdido.

El niño no tiene un aviso tan claro de la especie. Los avisos que recibe el niño son más difusos y van más mezclados de malicia, de culpa, de voluntariedad y voluptuosidad. El niño místico siempre piensa que mediante una vida más ascética podrá en el futuro contener la marea del sexo, redimir sus culpas, salvar su cuerpo, y su alma. De alguna manera, aquello que está pasando depende de él, cree, y esto le da responsabilidad, culpabilidad y voluntad de lucha, de perfeccionamiento.

Pero el aviso que recibe la niña es anonadante, no sólo por inesperado, sino por ingrato, por sin sentido. Esa sangre derramada no ha ido en complicidad con ningún placer, pensamiento u acto. Es algo que sobreviene y nada más.

Ante esa culpa abrumadora y sin sentido no cabe reaccionar.

No hay sino aceptarla, sentirse infinitamente despreciable y ofrecer a cambio toda una vida de renunciación, porque la vida ha hecho de ti el vertedero de la especie, la cloaca de la feminidad. Hay un coágulo de sangre y de culpa que ha pasado a través de generaciones y generaciones de mujeres puras, santas, limpias, y que viene a desembocar en ti, precisamente en ti.

Como ese asesinato de cada veintitantos días no puedes atajarlo, optarás por purgarlo anticipadamente, y te pasarás el mes expiando una culpa que aún no se ha producido, pero que sabes se va a producir fatalmente, obsesivamente. Así, cuando la ceremonia del cuerpo se produzca, la expiación habrá ido por delante.

Dice la sabiduría familiar que eres mujer cuando se te presenta la ovulación por primera vez. No. Eres mujer cuando por primera vez se te presenta sin culpa, cuando por fin la asimilas, la atiendes, la explicas, la vives e incluso la disfrutas.

El primer estallido pertenece todavía al mundo del bien y del mal, porque no lo has racionalizado ni te han enseñado a ello. Esa sangre primera que tanto te asusta es en realidad una sangre metafísica, simbólica, una fenómeno mitológico en tu mundo de mitologías. Son los sucesivos estallidos los que te van anudando, como eslabones de sangre, al reino de la realidad.

Ahora podías volar del colegio con alas de sangre. La actividad sexual, reproductora, la fábrica interior de vida, en el hombre y en la mujer, no es sólo una urgencia, un placer, una apertura, una posibilidad de amor. Es, ante todo, ya, en el mundo de hoy, la llamada de la selva, el aviso repetido de la naturaleza, a veces el único vínculo que nos une a las realidades primeras, a la tierra, a la curva de los astros, al eterno retorno de las estaciones.

Cuando se vive una vida casi completamente artificial, el sexo, aparte de sus funciones, ritos, exigencias y ceremonias naturales, tiene un valor de realidad, una cualidad de aviso. Nos hemos despegado excesivamente de la tierra, de la especie, de la naturaleza, pero el sexo nos devuelve periódicamente a eso que el poeta llamó «lo más genital de lo telúrico». El sexo nos religa como la religión, nos reintegra, y en el hombre endurecido por la lucha, en la mujer desrealizada por la sofisticación, el aviso del sexo, una mañana, la urgencia del cuerpo, es una realidad siempre olvidada y siempre

renovada.

Siempre salvadora.

El gran peligro de una vida sexual demasiado intensa, estragada, el gran peligro del sexo como deporte, como cinegética o como cultura, es borrar esa llamada de la selva, sustituirla por las llamadas falsas, mentales, convencionales, que forzamos cada día dentro de nosotros. Si se hace un alto en el camino, si se detiene la actividad erótica voluntaria, un día, de pronto, volvemos a gustar el sabor acre y tierno de la urgencia verdadera, natural, directa, que tantas veces habíamos borrado con nuestras urgencias imaginarias.

Tu cuerpo no tenía aún una vida sexual, una vida erótica, pero el mudo desenlace de cada mes era una llamada a la realidad, un tirón desde abajo, un aviso de los campos y las reses, de los cielos y las cosechas, que te querían suya. Eras o habías querido ser espíritu puro, pero aquel espíritu puro volaba ya lastrado de sangre para siempre, con una herida roja en tus alas de ángel de teatro.

De modo que ocultaste tus culpas y tus miserias, pero había otras niñas más sabias, porque la sabiduría de la mujer es de tradición oral —pues la mujer ha escrito poco, e incluso ha habido épocas en que la han mantenido sin saber escribir—, y ellas te contaban, en los recreos con frío y naranjas mandarinas, que eso pasa siempre, que la vida es así, que los hombres son muy brutos y que había llegado para ti el momento de empezar a gozar.

Ya que tiene una esa lata todos los meses, por lo menos hay que disfrutar algo.

Tú no veías la manera de sacarle partido a aquello, pero la noche tiene aquellarres párvulos, reuniones en el cuarto de estudio, citas en las duchas, y tu cuerpo reflejado en otros cuerpos desnudos, como en un espejo rosa, se llenaba de respuestas, intuiciones y deseos.

Dicen los sexólogos postfreudianos que la sexualidad femenina debe despertar a toda costa, como sea, porque lleva muchos siglos dormida, y para eso puede ser mejor, incluso, el arte de una discípula semejante a ti que la torpeza de un mozallón inexperto, brusco y urgente.

El cuerpo es tu Bella Durmiente, pero el príncipe que habría de despertarlo suele ser lerdo, más audaz que científico, más egoísta que experto. Tú misma habías de ser tu príncipe azul, aunque también estaban para eso las brujas del bosque de la pubertad, brujas niñas con una placa religiosa en el pecho, la melena de azufre y colonia y la risa maliciosa.

Había de hacerse el milagro, aunque lo hiciera el diablo colegial.

Otras, tantas otras, no han tenido nunca milagro, y viven en el purgatorio helado de la frigidez. Los malos caminos del espejo solitario, de la compañera ojerosa, pudieron haber sido malos definitivamente, pero fueron los únicos caminos posibles y por ellos llegaste a conocerle.

«Conócete a ti mismo», dicen que dijo el otro, y se ha pensado siempre que se refería al alma. ¿Por qué no al cuerpo? El propio cuerpo es el gran desconocido que se despega de nosotros en el dolor y en el placer. Cuando gozamos o sufrimos mucho, el cuerpo es un extraño, se desdobra en un intruso que aflige o embriaga nuestra alma. Por lo que luchas, ahora, tanto tiempo después, día a día, noche a noche, es por la conquista de tu cuerpo.

Del alma ya lo sabes todo. Del alma ya no esperas nada. La individuación, que dice *Heidegger*, sólo puede ser una corporeización. En casa, en el colegio, en la calle, en los juegos y en la vida te enseñaron a ser un monstruo de dos cabezas, una niña con cuerpo y alma.

El cuerpo se ponía pamelas claras y pedía barquillos. El alma leía libros piadosos y volaba de nube en nube. Aquel monstruito, aquella niña bicéfala, aquella atracción de feria que son, que erais, que somos todos a cierta edad, hay que superarla, hay que

suprimirla. Te educaron en una moral de dualidades. Hay quien no supera nunca esa moral y va para siempre por la vida con dos cabezas, como esos gemelos pegados por los riñones.

La educación crea seres dobles, antagónicos de sí mismos, crea niñas bipartitas, mujeres picassianas con dos perfiles opuestos por la nuca.

Fuiste una víctima, como tantas, del dualismo educacional de este país. Cuerpo y alma, fondo y forma, arriba y abajo. Toda tu vida, quizá, no va a ser sino un esfuerzo desesperado de las dos mitades por reconciliarse. Hay morales que seccionan y morales que unen.

Tenías, de niña, una cabeza pura de lámina de dibujo, y otra cabeza impura de mala estudiante. La una lloraba, reía, rezaba, miraba al cielo, aspiraba las flores y bordaba. La otra soñaba, pensaba, imaginaba, cerraba los ojos, sufría, padecía cefalalgias y leía cosas escondidas. Tu viste, de niña, una muñeca que abría los ojos estando de pie y los cerraba al acostarla. Esto era así, mecánico, regulable, sempiterno, invariable. Y eso quisieron hacer de ti, una criatura de sólo dos actitudes, de sólo dos movimientos.

El bien y el mal. Los ojos abiertos o los ojos cerrados. El sueño sin sueños o la vigilia. No pudo ser. La monstruita de dos cabezas vive ahora dentro de ti, pero cada día se está más quieta. Ya casi no molesta o no molesta nada.

A veces, las dos cabezas luchan y una estrangula a la otra. Si la víctima es la cabeza de carne, a eso se le llama vocación, sacrificio, sentido del deber, honestidad. Si la víctima es la cabeza de niebla y luz, a eso se le llama un crimen, una perdición y un escándalo. Un día renunciaste a las pamelas dominicales, los vestiditos con puntillas y los calcetines blancos.

Pero esto no quería decir que hubieses renunciado a tu cuerpo, sino todo lo contrario. La gran conquista es el propio cuerpo. Hay que habituarse al propio cuerpo como se habitúa uno a un sillón, un vestido o una butaca.

Gentes existen por ahí que nunca llegan a encontrarse cómodos dentro de su cuerpo, mujeres que mueven la cabeza y estiran el cuello, toda la vida, con un tic nervioso. No son dueñas de su cuerpo.

El cuerpo ha de ser confortable, ha de ser de uno. Esto sería lo natural, pero como nos le hacen enemigo durante muchos años, cuesta luego reconciliarse. Ahora sabes que eres tu cuerpo, ahora te miras al espejo de serie del apartamento y te ves, por fin, una sola cabeza. La conquista y transformación del mundo empieza, seguramente, por el propio cuerpo. Ya no odias ni temes a tu cuerpo. Tampoco le amas desesperadamente, porque eso sería otra forma de lucha, de bipolaridad, de escisión. Te reconoces en él y basta. Decía *Ortega* que el hombre envía su cuerpo a cumplir los trámites sexuales y él se queda a la espera. Ya sabes que no debe ser así. Tu cuerpo no es tu recadero. El grande o pequeño recado que tienes que hacer en este mundo, lo haces tú misma. El recado eres tú.

Como descubriste un día, de pronto, que el mundo es masculino, que vives en una civilización masculina y que todo es cosa de hombres: el Imperio Romano, el Canal de Panamá, la pila de Volta, la Revolución Francesa, el cine, el hacha de sílex, la guerra, el Acueducto de Segovia, el champán, el puente de tu pueblo, la iglesia gótica, los códices miniados, los discursos y el juego de billar.

Los hombres lo han hecho casi todo en este mundo. La mujer ha hecho unas cuantas labores de bordado y unas recetas de cocina. Incluso las profesiones establecidamente femeninas, como la cocina y la costura, tienen su más alto magisterio en los hombres, en *Savarin* y *Dior*, no en mujeres.

Este descubrimiento, hecho a corta edad, es desolador. Algunas, cuando lo hacen, se quedan pensativas y, al fin, deciden tomar de nuevo el bastidor que tenían entre manos y seguir bordando, puesto que los hombres están demasiados ocupados con la guerra, la Luna, el marketing, el coche. Y alguien tiene que bordar.

Tú, no. Tú no volviste a coger el bastidor, desde aquel día. Porque el bordado ya no era tu aportación femenina y delicada a la civilización occidental cristiana, sino el pasatiempo de una encadenada. Te habían maniatado con seda de bordar. Eras el Prometeo femenino mal encadenado por el hombre, y los buitres de la tradición venían a picotear tu rebeldía.

Se ha debatido mucho, y se sigue debatiendo, si la mujer es igual al hombre o diferente y si las diferencias son naturales o educacionales.

El error de los sociólogos, los filósofos, los freudianos y las propias mujeres es mirar hacia atrás para averiguar esto, estudiar las tribus primitivas, las civilizaciones polinésicas y las culturas africanas.

Porque está bien probado que lo que consideramos el estado natural de la humanidad, o sea, la vida de los tristes trópicos estructuralizados, no es tal estado natural, sino otra forma de cultura, anterior a la nuestra en el tiempo, pero nada más. *Huizinga*, *Lévi-Strauss*, la *Mead* y tantos otros encuentran en la antropología ejemplos para todos los gustos. Las cosas suelen portarse como les dice el investigador que se porten.

Nada más inexacto que las llamadas ciencias exactas. Vino *Newton* y las cosas se portaron como dijo *Newton*. Vino *Einstein* y las cosas se portaron como dijo *Einstein*. ¿Digo esto por falta de fe en el progreso? Todo lo contrario. Quiero explicarte, y ya lo sabes tú, que entre las mujeres del pasado —de los múltiples sucesivos, simultáneos o alternados pasados que nos preceden— se dan las dóciles, las rebeldes, las sumisas, las emprendedoras, las viriles, las guerreras, las maternas, las ninfomaníacas, las amazonas, las matriarcas, las mantis religiosas, las zánganas, las obreras y hasta las vicetiples.

O sea, que no se trata de saber cómo fue al principio para volver a hacerlo igual. La mujer ha sido plural, como el hombre.

O el hombre como la mujer. No importa tanto comprender el mundo, te enseñaron un día en secreto, como transformarlo. Así pues, no importa tanto saber cómo ha sido la mujer hasta ahora (ha sido de mil maneras). Lo que importa es transformarla, lo que importa es cómo sea en lo sucesivo, de ahora en adelante. Esto es lo que tú explicas, ya, cuando te vienen con los acreditados ejemplos del ejemplar pasado, de la edificante prehistoria o del recatado fin de siglo.

Ah, el hombre, el hombre. La Historia te presentaba una imagen grandiosa del hombre. *Julio César*, *Alejandro*, *Platón*, *Goethe*, *Galileo*, *Cervantes*, *Napoleón*, *Rodolfo Valentino*, *Carlos V*, *Pemán*, *Heráclito* y *Charlot*. El hombre es un gran relaciones públicas de sí mismo, ya sabes.

Pero el hombre que tenías ante ti, en torno, era otra cosa. La encarnación del hombre, para tus ojos colegiales, era el profesor asmático de Geografía, el portero cojo de tu casa, tu padre malhumorado, los actores de Cifesa y los chicos que rondaban tu colegio, zagalones, mozallones, zanganotes, gandules, bigardos, torpes, fumadores de

anís y canteadores de chicas.

Sobre esta rala grey masculina descansaba toda la abrumadora civilización, toda la historia y la cultura. Numancia, Sagunto, las Termopilas, la Biblia Políglota, Fausto, Hamlet, la física newtoniana, los viajes a la Luna, la guerra de los treinta años, el gol de *Zarra* ante el mundo, todo el conjunto grandioso y rico de la actividad viril respaldaba a aquellos profesores nicotinados y aquellos novietes ruborosos.

¿Qué era, realmente, el hombre? Y para saberlo, más que nada, empezaste a salir con uno de ellos, te ennovias, más por curiosidad que por deseo, como dicen que suele ocurrirle a la hembra (cuánto sabemos de la hembra los hombres perspicaces). Te miro en tu provincia de tedio y plateresco, etc. Perdona que me repita y me plagie, pero la hegemonía masculina de que venimos hablando en esta carta se basa fundamentalmente en la repetición y el plagio, en la insistencia y el alejandrino.

El noviete era un párvulo de anís y malas notas. Estudiaba poco. Pero lo elegiste, ya, un poco distinto, alto, delgado, silencioso, triste quizá. Porque decía don *Antonio* que nadie elige su amor, pero quizás la especie elige por nosotros.

La primera criatura que amamos es siempre el dibujo torpe, el esbozo borroso de alguien que vamos a amar luego de verdad.

Sostienen los estudiosos del alma que todo amor nos remite o procuramos que nos remita al primero. ¿Y si fuese al contrario?

El primer amor te remite ya al último, insinúa lo que va a ser luego.

El hombre, los hombres que con el tiempo vas a conocer, amar, gustar, tratar, devorar, no son sino una floración granada y adulta de aquel almendro tembloroso y primerizo que fue tu primer novio, tu primer acompañante, tu amigo.

Pero no porque le busques a él en ellos, sino porque ellos van siendo las sucesivas realizaciones, perfeccionadas, maduras, aclaradas, de algo que entonces temblaba ante ti con el doble temblor de tu mirada y de su cuerpo. Si estamos de acuerdo en que todo progresa en el Universo, en la Historia, ese progreso se cumple también en el sexo. El sexo es selectivo, como todo organismo vivo, coherente y positivo. Así que aquello era un tanteo, una guerra amorosa de cartas indecisas, flores clandestinas, besos solitarios (qué mal besan los hombres, pensaste) peligros dominicales, películas temblorosas, cinemascope eróticos, perdón de los pecados y resurrección cotidiana y vespertina de la carne.

Aquel desconocido, aquella cosa besucona y alta, aquel árbol tierno y soso estaba a tu lado casi siempre y no entendías nada. Unos días lo que querías apasionadamente, era tu vida, era tu hijo, tu amante, tu esposo, tu defensor, y otros días resultaba un intruso, un impostor, un gandul de pelo sucio, cara de frío, corbatas viejas de papá, zapatos-bota y manos inseguras, una cosa con olor a cigarrillo de colillas, castañas asadas, vino, libros rotos y tebeos arrugados. Tenía, sobre todo el olor acre y grato de los viejos tebeos que leía siempre.

Era, a veces, como si hubiese enviado a un amigo para salir contigo, mientras él se quedaba haciendo los deberes o jugando al fútbol. El primer gran amor, tan cantado, no es un equívoco mayor que los amores sucesivos y adultos, pero de todos modos es un equívoco.

El mundo es masculino, sí, pero ¿y el mundo de las mujeres?

¿Qué han hecho las mujeres en el mundo? Como el mundo es de los hombres, lo que sobresale de la gran marea masculina son algunas mujeres robinsónicas, exasperadas, actitudes excesivas, desmesura, *Juana de Arco* en la hoguera, las Amazonas con un solo pecho, *Nefertiti*, *Agustina* al pie del cañón, *Julia Sforza*, *Santa Catalina* en la rueda de cuchillos, *George Sand* con pantalones y *Safo* recitando desnuda en Lesbos.

El mundo de los oprimidos, cuando se manifiesta, ha de ser siempre así, mediante el grito, el desafuero, el exceso. Esas mujeres heroicas, impares, que se asoman dando

gritos por las ventanas de la Historia, son el orgullo de muchas otras mujeres grises y la coartada del hombre para decir que ella también ha hecho cosas. Pero el carácter desmesurado, peculiar, patógeno, de las levitaciones, los heroísmos, la orgías y los cuchillos hacen de la historia de la mujer una cosa anómala y a contracorriente. Es la historia de una represión. La represión engendra héroes con más facilidad que ciudadanos normales y saludables.

De modo que mirabas a las Julias y las Julietas, a las Agustinas y las Teresas, mirabas el bosque incendiado de las varias docenas de mujeres que han conseguido dejar su grito en la Historia, y no te apetecía demasiado quedar como mártir, virgen, aparecida, quemada en la hoguera, bañada en leche de burra o desnuda en cinemascopio.

Hubo un tiempo en que se decía que la mujer, en España, sólo podía ser estanquera o reina. Tú veías que la mujer, en la Historia, sólo podía ser bruja o santa, *Helena de Troya* o *Condesa de Eboli*. Siempre un caso raro.

Y tú no querías conquistar la inmortalidad, sino la normalidad. No aspirabas a arrastrar por la Historia, a través de las posteridades, el velo de *Safo*, el armiño de *Catalina*, las sedas de la *Montespán*. La mujer, como el negro y el obrero, sólo accede a la Historia por la vía de lo excepcional. En España, o canta flamenco o se casa con un duque. Si no, a la cocina a planchar.

Fue cuando te volviste hacia los orígenes de tu cultura, hacia los cuentos infantiles. *Blancanieves*, la *Bella Durmiente*, *Caperucita*. *Blancanieves y los siete enanitos*, o el mito de la maternidad, de la fecundidad, el mito de la mujer múltipara. Múltipara y sin padre fecundador, que es un ideal puritano mantenido en secreto. *Blancanieves* tiene siete enanitos, siete niños que se encuentra en el bosque. El rayo de sol del bosque la ha atravesado como al cristal, sin romperla ni mancharla.

Para tener siete hijos menudos y cariñosos, siete niños con barba, siete viejecitos trabajadores e infantiles, *Blancanieves* no ha necesitado yacer con ninguno de los monstruos machos que pueblan el bosque de la masculinidad. Eso es lo ideal desde hace siglos. De hecho, la madre de familia honesta, anterior al despertar cultural de la sexualidad femenina, hacía abstracción del padre, su frigidez era una manera de borrar al hombre, de suprimir al fecundador. Los hijos eran suyos y los tenía ella sola, al macho se le abstraía con una jaculatoria, se le conjuraba pensando en otra cosa en el momento de su actuación.

De modo que *Blancanieves* encarna el ideal puritano de la maternidad múltiple y sin paternidad, sin pecado. (Los cuentos infantiles han sido repensados muchas veces psicológicamente, ya sabes, e incluso ahora se hacen películas con *Blancanieves* desnuda, para desvelar el fondo de erotismo de esas historias «ingenuas», pero tú, inevitablemente, volviste a repensar, a interpretar esos cuentos, hiciste de ellos una nueva lectura, como se dice hoy en el pub, una lectura psicoanalítica).

La *Bella Durmiente* o el mito de la pasividad femenina. Hay que cerrar los ojos y esperar al hombre. Tampoco te servía ese mito. Ni la familia numerosa de *Blancanieves* ni la frigidez estática de la *Bella Durmiente*. Hay un único personaje femenino con talante progresista, renovador, audaz, en la mitología infantil más divulgada. Se trata del tercer mito o el mito de *Caperucita*. *Caperucita* o el riesgo.

Caperucita tiene una misión que cumplir en la vida, tiene que llevar una cesta de miel a través del bosque, hay una abuelita, la Humanidad, que la espera al otro lado. *Caperucita* comercia con el lobo, el lobo la engaña, ella reacciona al final. *Caperucita* —¿por eso la llamarán Roja?— es el único personaje femenino dinámico de la mitología infantil. Los humoristas de cabaret han repetido luego, muchas veces, que lo que *Caperucita* llevaba en la cesta era la píldora anti-baby. *Pajares*, que es un fino showman, cree hacer una gracia cuando dice esto (muy colocadas las trenzas de *Caperucita* en su cara de señor moreno) pero es una verdad profunda lo que está enunciando.

En la cesta de *Caperucita* hay algo más que miel simbólica. Hay píldoras anti-baby, libros dialécticos, cualquier mercancía de signo progresista a través de los tiempos. *Caperucita* es la primera progre de la literatura infantil y las jóvenes progres debierais tenerla por mascota o madrina. Las últimas versiones callejeras e irónicas del cuento de *Caperucita* cuentan que el lobo la busca o ella busca al lobo con propósitos eróticos. Ése es, sin duda, el contenido latente (diría *Freud*) del cuento, pero quizá no es tanto la masculinidad sexual lo que simboliza el lobo como la virilidad en sus aspectos agresivos, depredadores, el eterno mito (la eterna realidad) del hombre engañando a la mujer (a nivel histórico, no a nivel de esquina) equivocándole el camino.

Con todo, *Caperucita* no es más que un cuento y tampoco iba a servirte de mucho. Habías dejado atrás el primer amor, los mitos infantiles y la pureza que no menstrua. Estabas sola en un mundo de hombres. Huyendo, huyendo, llegaste al cine, que ya no era el cine temblón y cándido de las santas madres, sino el cine de verdad, el de los adultos, aquellas películas para mayores que llenaban el cine de menores, colegialas indóciles, chicos sucios y toda una golfería pávula.

El cine —«la traición de *Rita Hayworth*», que dice *Manuel Puig*—, te mantuvo unos pocos años en su penumbra de violencia y *Gregory Peck*, de pólvora y *Charlton Heston*, pero ahora vas al cine de otra forma, con más sabiduría y más escepticismo. Dice *Borges* que la sombra es la sangre de las cosas. El cine, hecho de sombras y penumbra, era la sangre de los sueños.

El cine te brindaba muchos modelos femeninos que casi siempre eran el mismo, proyectos vitales a la orilla del Missouri, la belicosidad de *Brigitte Bardot*, disponibilidad de *Marilyn*, el matriarcado de *Ingrid Bergman*. Te salvaste a tiempo del cine. Y, a la salida del cine (sesión continua, programa doble) te encontraste radicalmente sola, primigenia y finalmente sola, una noche, en aquella plaza provinciana de niebla y plateresco.

Quizás era, sencillamente, que se te había hecho un poco tarde.

Pero el cine, el amor y los ciclos menstruales te habían descubierto tu propio cuerpo para siempre, siquiera de una forma periférica, y empezaste a cuidarlo, a adornarlo, a gustarlo. Empezaba ahí la conquista de tu cuerpo, el descubrimiento de tu cuerpo, la fusión de las dos cabezas en una.

El bicefalismo de la educación tradicional se resuelve, en primera instancia, con productos Max Factor y crema de Revlon.

No es ése el buen camino, claro. La asimilación del cuerpo, la reunificación del individuo femenino debe hacerse de manera más profunda, pero, de momento, el carmín de los labios y el sombreado de los ojos te dan una personalidad unitaria, aunque sofisticada. Ya no eres la niña de dos cabezas, ya no eres el centauro de ángel y demonio. Tampoco has fundido a ambos en uno. Ahora, gracias al lápiz de ojos y al de labios, eres una tercera persona que anula a las anteriores.

Una tercera persona superficial, convencional, obtenida del couché de las revistas, de los anuncios y de las películas (obtenida, sobre todo, de los tarros y los lápices que robas en casa).

El trámite es lamentable, frívolo, pero sirve para superar, de momento, la trágica dualidad cuerpo-alma, ángel-demonio, el doloroso desgarramiento con que saliste del colegio.

De modo que, entre *Santa Catalina de Siena* y *Lucifer*, te tocó ser una tercera cosa intermedia: *Brigitte Bardot*. La *B. B.* de los años cincuenta, repetida en miles de adolescentes con el pelo cardado, la enagua dura y acampanada, los zapatos altos y la boquita enfadada.

No era nada, pero ya era algo.

La misión que cumplen esos grandes mitos de los mass-media es una misión transitoria y convencional, pero valedera por un tiempo como remedio de urgencia. Cuando la adolescente vive su crisis de identidad y no sabe si va a ser *Juana de Arco*, *Santa Teresita de Lissieux*, su tía *Adela* la solterona o *Ana Frank*, el mundo le impone desde fuera una personalidad colectiva e individual al mismo tiempo: la de *Marilyn Monroe* o la de *Juliette Greco*. Y la muchacha (como el muchacho) se deja llevar y resuelve sus dudas, de momento, olvidando todos los modelos interiores y adoptando un modelo que llega del exterior con fuerza y sugestión.

El descubrimiento del cuerpo, sí, el pelo, tu pelo, aquellas trenzas de aroma encadenado que llevaste a la espalda durante todos los años colegiales, como olvidadas, y que un día ibas a soltar, ibas a destorcer ante el espejo, en soledad.

El día en que la colegiala destrenza sus coletas para siempre, conscientemente, despacio, y extiende su pelo y lo teje con los dedos como si fuera de otra, ese día empieza la rebelión de los sentidos.

La hoguera del pelo, el rabo satánico de los ojos, el rojo de la boca, eran la rebeldía contra las inquisiciones del cuerpo, contra una educación que te había querido incorpórea. El cuerpo de la niña, amortajado de ignorancia y culpabilidad, despierta un día y da sus señales luminosas, prende la llama del cabello, libera las piernas, eriza los senos.

Cuántas, ay, se quedaban para siempre en aquella orgía del cuerpo, en aquel despertar, como en un perpetuo infantilismo, presas eternamente en el espejo. La mujer se libera de la cárcel de la inocencia para caer en la cárcel del espejo. Pasa de una a otra prisión. Pero ya te llegaría la hora de romper espejos.

De momento, contra el mundo de sombra que te cercaba sólo tenías un espejito, como en los cuentos. El mundo en tomo te negaba, te ignoraba, borraba tu personalidad, rechazaba tu imagen, te vestía de colegiala, depredaba tu cuerpo torpemente con manos de estudiante atrevido, y había una época en que sólo el espejo te acogía, te recogía.

Era el espejo la puerta por donde huías de ti misma o hacia ti misma. Él te constituía en

una imagen concreta y personal. Dentro del espejo vivías libre, ligera, compacta, pero en el aire de la realidad te disolvías, te perdías, todo te negaba, ibas deshilachándote, adelgazándote.

Por la calle eras un híbrido de colegiala y sombra errante, sólo tenías uniforme y unas coletas de ceniza. En el espejo tenías senos, labios y miradas. El adolescente de presencia borrosa, de voz temblorosa y manos inseguras, en los espejos íntimos madura secretamente, violentamente. Nos hacemos hombres en los espejos. Te hacías mujer en aquel espejo último de tu casa donde se encendía la luz de tus ojos, el color de tus labios, tu cuerpo como una cosecha que se ve venir.

Eran los tiempos de vivir en el espejo, para el espejo. Volvías a ser dual.

O, más bien, entrabas en el espejo como la actriz entra en su papel, como la reina entra en su palacio, y dejabas afuera un harapo humano, un uniforme monjil, unas hilachas de niña pálida y tímida.

Nadie se salva por el espejo, claro, y más bien se pierde, pero unos años de espejo no son malos; son convenientes, necesarios, porque de aquellas duchas en el agua helada y dura del espejo iba renaciéndote un cuerpo entero y fortalecido, una personalidad desnuda, fresca y tensa.

El aire de la calle te borraba. El aire del hogar te intoxicaba. Pero el aire parado del espejo te fortalecía, te enriquecía, te dibujaba, y en el espejo te nacieron senos, antes que en el cuerpo. En el espejo estrenaste las primeras medias, como en un palacio de hielo, el primer sujetador y la primera boca con intención de boca, con dibujo y voz.

Te arrancaron del espejo para llevarte a la Universidad. Universidad es palabra que suena todavía a universalidad, pero lo que encontraste allí fue unas aulas frías, unos profesores burocratizados que parecían llevar siempre puestos los guantes de la indiferencia y el monóculo del distanciamiento, unos ujieres bronquíticos, unas compañeras muy pintadas y unos chicos con barba que llevaban los bolsillos abultados de piedras contraculturales. En la Universidad se podía encontrar novio, salir con una pandilla, almorzar un bocadillo al sol, escribir cosas subversivas a ciclostil, dejarse besar, dejarse llevar y traer en moto, escuchar conferencias, pertenecer a cine-clubs e incluso estudiar una carrera.

Has pasado por la Universidad, o estás todavía de paso en ella, has sorbido el viento fuerte de las huelgas y las manifestaciones, has vivido la épica de las detenciones y la emoción de la clandestinidad. Ahora, en estos momentos, no sabes si el escepticismo te esmerila el corazón, como una veladura, o si estás viviendo el reposo del guerrero, haciendo una pausa, recobrando fuerzas.

Te miro en este momento de pausa, de duda, de quietud, cuando fumas en silencio, bajo los pósters erótico-revolucionarios. Te vigila *Nixon* vestido de *Al Capone*, te sonrío *Mao* vestido de guardameta, *Gramsci*, *Lefebvre* y *Merleau-Ponty* aspiran en tu apartamento —por fin tienes un apartamento para ti sola— el sándalo que quemaban la *Bernardt* y la *Berma* en los pebeteros fin de siglo, en los carteles de la época, y los muslos claros de Ana Belén —muslos de niña buena—, iluminan la penumbra de la música folk.

Hablaba *Virginia Woolf*, ya sabes, de la necesidad de tener una habitación propia. E incluso le dedicó un libro entero a eso, con este título. Sólo pedía una habitación propia y una pequeña renta en libras para mover el mundo. Mientras otras exhibían pancartas, forjaban gritos, llenaban las calles, ella sólo pedía una habitación para trabajar. Sabía lo que quería.

La lírica y pálida *Virginia Woolf*, suicida, solitaria y grafómana, tan grande por lo menos como *Joyce*, había comprendido que el problema de la mujer en la sociedad masculina es, antes que otra cosa, no tener una habitación propia. Tú te refugiaste en el espejo durante un tiempo, como otras, pero la joven burguesa no ha tenido nunca, en nuestra sociedad, una habitación suya, personal, particular, una habitación infranqueable para

papá y mamá. No ha tenido, en fin, una intimidad creadora y meditadora, porque se han cuidado de que no la tenga.

«Por qué estarán esos niños tan callados. No pueden hacer nada bueno», se dice en nuestras casas cuando los niños callan y piensan, callan y aman, callan y juegan. Hay como una inquisición familiar que persigue y destierra el aislamiento de los hijos. Es más o menos lo que ocurría en el colegio. Y cuando ya estás crecida, tampoco les parece bien que te aísles, que te separes de ellos, porque adivinan que en esos silencios, en esas ausencias te vas despegando del hogar, y lo que importa es el hogar, la acumulación, la piña humana.

En España, los españoles seguimos siendo unos de otros: los hijos son de los padres, las mujeres son de los hombres, los pobres son de los ricos. Tenemos un sentido de la propiedad humana que no tiene nada que ver con la esclavitud ni con el sentido de propiedad de la tierra o del dinero. Hay que mandar en alguien, hay que poseer a alguien, hay que tener autoridad y jurisdicción sobre alguien. Concederte una habitación propia habría sido como concederte la independencia, y el imperialismo familiar no pasaba por ahí.

Con una habitación propia, aunque no vayas a escribir los libros de Virginia Woolf, es posible que forjes tu vida, tu independencia, tu persona, tus lecturas y tus músicas, tu cuerpo y tu cabeza.

De modo que nunca te dieron una habitación propia, aislada, cerrada, intangible, porque no era bueno que la niña tuviese secretos. Decía el poeta francés: «Lo que los demás rechazan de ti, eso eres tú. Cultívalo». Papá y mamá lo rechazaban todo de ti, sólo te querían como una renovación de ellos mismos. De modo que te fuiste, de una manera o de otra. Entraste en un grupo, en una comuna, en un clan teatral, político, literario, musical, algo. Y aquello te sirvió de momento, pero acabó siendo otra familia, con sus leyes, sus códigos, sus costumbres y sus secretas tiranías.

El individualismo es un mito romántico superado, y tú no te quieres romántica, pero tampoco has encontrado la fórmula para convivir. Ahora tienes una habitación propia.

Una habitación propia puede ser el reino de la libertad a condición de que no se convierta en el museo de la libertad. *El Che, John Lennon, Oscar Wilde, la Bardot en moto, Jane Fonda y Joan Báez* pueden constituir un buen museo de la libertad, un museo hecho de pósters, discos, whiskies y ropa interior. Porque la libertad se fosiliza, como todo, y si no te dejan ejercerla en la calle, la colgarás de las paredes de tu cuarto y cuando creas haber conseguido un reducto de la libertad, a lo mejor sólo has conseguido eso, un museo.

Proust se encerró durante años en una habitación propia para salvar el tiempo perdido. No lo encontró nunca, nunca lo recobró, aunque finalmente trate de demostrarnos que sí. Dicen los teóricos del socialismo que el socialismo en un solo país, además de reaccionario es inviable. La libertad de una sola habitación también puede acabar siendo reaccionaria y, por supuesto, inviable. Por eso tú sales a la calle, de vez en cuando, con prosas, versos, piedras, palabras y canciones.

Y así fue como una noche, cuando los conferenciantes habían agotado su vaso de agua, las actrices se desnudaban de medio cuerpo en los camerinos, los ascensores hacían la última recogida de hijas de familia y las televisiones ponían una luz de luna publicitaria en el rostro dulce de la burguesía, te dejaste poseer por aquel muchacho, no sé, uno cualquiera, quizás elegiste uno cualquiera por eso, para quitarle importancia al acto, para no ritualizarlo, para que la pérdida de la virginidad no fuese en ti un trauma ni un fin de fiesta, como en tantas otras.

Ibas un poco tarde al sacrificio, un poco tarde para tus ideas, tu vida y tu deseo, pero estamos en España, a fin de cuentas, nadie es superior a su medio, ya sabes, todo eso, y lo hiciste lo mejor posible. Ahora comprendes quizá que la elección de aquel hombre gris fue deliberada, inconsciente, necesaria, fortuita, oportuna, porque quizás

con otro os habríais impregnado de sentimentalismo, de trascendentalismo, en tanto que aquel estudiante con bigote, aquel ligoncete con una guitarra, aquel galán de mesones y turistas lo hacía bien, mal, de prisa, de cualquier forma, y jugaba a estar de vuelta, ya me he calzado a esta progre, me parece que a esta progre me la calzo, y tú le seguías el juego, fuiste la víctima fascinada, como él quería.

Tu fascinación era otra, iba por dentro, y no dejaba de tener cierta sacralidad todo aquel ritual de sangre y sexo, de ceremonia y vino. Por eso precisamente iba bien el chico silbador, sangrador, el alegre muchacho que no le daba mayor importancia a la cosa, aunque sabía poner una cara de trascendentalismo cinematográfico, entre *Hugo Tognazi* y *Alain Delon*. Bien, era, como digo, la hora en que la ciudad escupía en las escupideras de los teatros, llenas de serrín, y las familias permanecían más unidas que nunca en su reino de cocacola y celuloide rancio.

Después de aquello han pasado los hombres por tu vida, por tus ojos, por tu cuerpo. ¿Quién pasa a través de quién?, se preguntaba *Federico* tardío. Tú tampoco sabes quién pasa a través de quién, pero te sientes a veces como la romana de *Moravia*, madre monumental de los tiempos acogiendo la pequeñez de los hombres, su soledad, su petulancia, el joven presumiendo de joven, el viejo presumiendo de viejo, el alto presumiendo de alto, el enfermo presumiendo de enfermo, porque el hombre, ay el hombre, presume siempre de algo, presume algo siempre.

A pesar de todo, el sexo es el reino de la mujer, entiende bien esto que te quiero decir, la mujer, a pesar de siglos de represión, aprende antes, se adapta mejor, reconoce aquello como su medio natural, da el salto del individuo a la especie (que es el salto sexual inevitable y necesario) con más facilidad que el hombre, con más gracia.

Así que les mirabas, los mirabas, tan inseguros, tan seguros, esa manera de no saber cuándo hay que quitarse los calcetines, si antes o después que el pantalón, porque, en último término lo que pasa es que el hombre vive revestido de suficiencia, masculinidad, exterioridad, y cuando va dejando por la habitación sobre la moqueta, en los muebles, los jirones de su ropa, de su personalidad, de su carrera de arquitecto, se encuentra perdido, está menos seguro de su cuerpo, nunca sabe si gusta o no gusta. (Una vez te salió un vanidoso radical, un exhibicionista, muy seguro de sus músculos y sus tensiones, pero eso aún fue peor).

Aprendiste que el hombre es fundamentalmente desvalido en el amor, y entonces elegiste el desvalimiento más sincero, más natural, más directo, mejor que esas comedias de seguridad a base de whisky, zarpazo, colonia y bíceps desnudos. Los hombres, en fin, qué te voy a decir.

El más inteligente no es el que mejor disimula su desvalimiento sino el que lo explota, lo exhibe, lo exagera. Encontraste alguno así y fue el que más te gustó, pero también estaban las mujeres, las mujeres, esas mujeres revestidas de hombre, esas hembras de corazón inesperadamente masculino. Las mujeres, con su tremenda eficacia, su voz, su sabiduría. Objetivamente, superiores al hombre. Pero que no eran —ay— el hombre.

Ahora amas a alguno, a varios o a ninguno, y ya sabes que lo más valioso de tu experiencia ha sido ese desfile vertical de masculinidades, cuando les mirabas desde abajo, horizontal, como la tierra a la humanidad, como el mar mira a los barcos, como el agua mira al venado. Tu cuerpo era el escenario blanco donde ellos representaban su comedia, el tercer acto de la virilidad, tu cuerpo era el desierto por donde cruzaban, el espejo que los reflejaba solos, inexpertos, convencionales, falsos, incapaces de volver a la especie, torpes para repartirse por los cinco sentidos, sujetos siempre así mismos, clavados, reunidos, como el niño desnudo que reúne su ropa y a la vez la guarda y se protege con ella.

Pero, a pesar de todo, en el cuerpo, en el sexo has encontrado una liberación, una contestación, porque el sexo disuelve al individuo en la especie y a la especie en el

planeta y al planeta en el universo. Como quiera que el individuo ha sido anudado por sucesivos lazos sociales, políticos, históricos, represivos, morales, atávicos, como quiera que el sexo es el procedimiento más rápido y eficaz de ir deshaciendo esos nudos, vuelves a él una y otra vez para integrar y enriquecer la substancia errátil y caliente de la vida, que los municipios inhiben, coartan, disfrazan, congelan, desvían y destruyen. El amor bipersonal, gran mito romántico, occidental, idealista, intelectual, burgués, va dejando paso, en ti y en algunos otros cuerpos, al amor total, impersonal, a la marea de la especie, al barroquismo natural del planeta.

Pero el hombre, cuanto mejor amante, es más individuo, menos capaz de anularse, de viajar por las corrientes de la vida como lo rojo viaja por la sangre, como lo verde viaja por el mar, como lo azul viaja por el cielo.

Entre la sexualidad pequeñita de la hija de familia y la sexualidad total de la especie oscila tu amor, tu deseo, tu cuerpo, quizás para siempre.

A falta del amor planetario, total, el amor colectivo, promiscuo, de los happenings. Venías del guateque adolescente con cap de frutas y besos dominicales, y descubriste un día el happening, que no es sino un guateque nocturno, politizado, diverso, adulto y con poca ropa.

Te veo en la rueda brillante del happening, amistades de humo y marihuana, noches, el intelectual calvo de gran barba negra, el chico delgadito y resentido, la solitaria exhibicionista que devora hombres como el fakir devora espadas, sin dolor, placer, sangre ni sentimiento alguno.

Acuñada de happenings, curtida de libros en inglés, contestación, niebla perfumada, flores, muslos masculinos y música beoda, tu mayor placer, tu gran descubrimiento fue la madrugada, esa hora en que la ciudad duerme y miles de mujeres huyen en sueños del hombre que tienen al lado en la cama, y otras corren en sueños por playas cinematográficas hacia hombres sin rostro, y es cuando tú, pecadora única, mujer sola, te sientes libre, bebes por fin el viento de tu libertad, y dejas pasar el tren silencioso de los durmientes, el ferrocarril que los lleva a sus oficinas, sus fregaderos*, sus orinales, sus fiestas y sus maternidades.

Te miro en las playas desnudas de Ibiza, en las plazas amarillas de Amsterdam, en los teatros de Munich, en los barrios negros de París, en la Piazza Spagna de Roma, en el Soho londinense, y la vida te ha ido colgando collares, entregándote frutas, prendiéndote flores en el pelo, amores en los ojos, la vida ha ido puliéndote los pies andarines, desnudos, y ha dorado de hojas, aguas, arenas, besos y fuegos las plantas de esos pies, hasta que un día regresaste a casa, y por las paredes del apartamento han quedado los sombreros de Ibiza, las flores de Amsterdam, los desnudos de Londres, el reguero de cosas, vidas, gentes que has recogido por el mundo.

Buscabas la libertad, claro, pensando que la libertad era una fuente, una plaza, una noche, algo quieto a lo que había que ir. Por fin has descubierto que la libertad es una cosa flotante, una sustancia ligera, que la libertad está en buscar la libertad, que la libertad es la búsqueda misma.

La libertad sólo puede ser, como dijo el poeta, «libertad en acto». La libertad no es algo que esté ahí, hermético, y debas conquistar, sino que tu libertad te la creas tú misma, o ella te va creando a ti. La libertad es no estarse quieto, no estarse quieta. De modo que ahora, entre los trofeos de sol que te ha dejado tu busca de la libertad por el mundo, te sientes irónica y desengañada, y ya sabes que la libertad no es un sombrero de flores ni una túnica transparente ni tus pechos violentados por las olas, sino que la libertad eres tú a la búsqueda de todo eso.

«Sé, como *Proust*, un fanático del tiempo», aconsejaba *Kerouac*. Sé fanática del tiempo, de tu tiempo, y en la ciudad de los almuerzos, los talleres, las cotizaciones, las ambulancias, la cerveza y los perros enfermos, desintégtrate en el tiempo, practica el anarquismo de las horas, vive.

Lo que quisiera, después de todo, con esta carta, es que me tomases de la mano hacia los paraísos del buen tiempo, porque nos han sumido aquí, en este rectángulo de niebla, en este desorden de tiendas, en esta velocidad de los anuncios, y tenemos que salvarnos. Siempre que la libertad ha pasado cerca de mí, como una ráfaga, ha sido en figura de mujer.

Había aquella muchacha del sur que jadeaba, se peinaba con un peine de oro, alborotaba ella sola como un bautizo, robaba en las iglesias, tosía, gritaba en la noche de los hoteles, compraba capas, regalaba flores a las viejecitas de los cafés, volaba por las buhardillas, viajaba sin billete, leía los periódicos atrasados y se enamoraba, dejando por el mundo un rastro venéreo y luminoso.

La libertad es una chica americana que monta a caballo, ahorra para comprarse una ametralladora, me ofrece su cepillo de dientes para que lo compartamos, huye de casa con un negro, lee libros en español, hace gimnasia y hace el amor alternativamente, se

cura la mononucleosis, da besos de cacao y no vota cuando le llega la hora y la edad de votar.

La libertad es una estudiante de piano que tiene la madre enferma, el padre borracho, los hermanos presos, y que usa medias negras, tose, come pasteles, se lava poco, lleva botas de hombre y sangra a destiempo.

O esa europea de pelo negro que huye por los espejos, escribe cartas en lo alto de una palmera, conduce automóviles y sonrío siempre.

Un día, la libertad tiene rostro de muchacha roja, frente fruncida, cuerpo sombrío, y otro día tiene la boca violenta, el cuerpo de oro, las manos exactas, precisas y tibias como estrellas, o fuma puros, usa gafas, baila siempre, o escribe a máquina, habla por teléfono, canta en los teatros y se pone los collares de la abuelita. Habiendo sido la mujer menos libre que el hombre, a lo largo del tiempo, es ella quien trae el viento de la libertad, es junto a una mujer, junto a algunas mujeres, donde se respira mejor el clima de la libertad, y sólo ellas traen a veces una intuición de lo que sería ser libre. La libertad, cuando encarna, encama en una mujer.

O quizá sea que el ámbito de la libertad, para el ser humano, es siempre el otro sexo. Sólo podemos ser libres en lo otro, en lo que nos acoge, nos transforma, nos divide y nos multiplica. La libertad es actualidad y nada nos actualiza como el contraste con otro ser, con un ser fundamentalmente otro, porque la criatura humana tiene una cierta tendencia a vivir en el pasado, siquiera sea el pasado inmediato, y es el choque con otra criatura lo que nos hace presentes, actuales, contemporáneos de nosotros mismos. El sexo es actualidad furiosa y quizá por eso es libertad.

¿Y más allá del luciente y breve reino del sexo? Los humos verticales y turbios de una ciudad que tiene cáncer de pulmón. Mira cómo se hostiga a la fiera en todo el mundo, mira el crepúsculo ceniza de las grandes ciudades, horas y horas dentro de un coche, en Stuttgart, en Madrid, orillas de nieve o de tristeza, esta vida que han hecho, la lentitud de los regresos, el aullido desolado de las máquinas en la media tarde de Europa, este bosque de niebla y acero que ha crecido donde estuvieron los inmensos bosques de coníferas y helechos arborescentes.

La civilización, toda de sangre seca y hormigón fermentado, la cultura, comida de polillas y piorreas, eso que llaman la sociedad industrial avanzada, con un corazón de azafata y un cielo de estadísticas. Las mujeres, en este siglo veinte, pueden ser conejitos, chicas del mes, futbolistas, sumideros de té con alcohol, inquilinas de esbeltas escaleras, a condición de que tengan las piernas largas, e incluso novias blancas con un hijo de trapos y aspirinas debajo del satén nupcial.

Por eso mirabas hacia otro lado. Pero el champán se enciende cada noche como una vela galante, los profetas de la revolución se expenden en volumen extra a precios realmente estudiantiles, *Marx* ha sido linotipado en las artes gráficas occidentales con mejor gusto y más florida barba que en los congresos socialistas, el chico que estuvo en la cárcel viene a verte con una barba de agua brava y el economista que se forra las muelas con calderilla puede desmontar en una tarde toda la teoría económica socialista mediante el juego blando de sus manos y el fuego dulce del coñac.

El cáncer roe a los ancianos entre sombras blancas y petulantes, la leucemia mira a los niños como un gato amarillo y lamedor, el último modelo de automóvil italiano te garantiza una muerte más instantánea, limpia y cinematográfica, aunque siempre puedes elegir la vida en ocho milímetros, en superocho o en dieciséis, y si le pones al corazón un filtro adecuado podrás ver la sierra del Guadarrama del color de la plusvalía.

La vida, esta vida moderna está llena de posibilidades y no hay sino besar en la boca a la dependienta de los grandes almacenes para que quede convertida en un maniquí de plástico, o descender por la escalera mecánica hasta el fondo de la botella, donde unos estetas desnudos juegan al poker sacándose cartas falsas de las axilas y del ano.

Como mujer tienes la posibilidad de estrenar un modelo de entretiempo que lleva en las costuras un niño amortajado, y también puedes cambiar la bota alta por la sandalia etrusca, el reloj de pulsera por un reloj de pesas y el sujetador de espuma por un juego de cacerolas donde pondrás a hervir la leche de tu maternidad cuando los niños del Vietnam tengan hambre de justicia o sueño de marihuana.

Ellos se instalan en los campos de fútbol para mirar retrospectivamente la biografía de *Gento* en la película del crepúsculo, y es la hora en que las damas se quedan solas y se palpan la cintura buscándose tumores, caracolas, hongos venenosos, hierbas desconocidas con las que condimentar una cena decisiva y putrefacta al fiel esposo, al honrado marido, al padre espiritual de sus hijos. Deja a un lado las palabras de *Trotsky*, aparta con un ademán elegante y cansado los versos de *Allen Ginsberg*, tiéndete sobre la prensa de la tarde, que viene cuajada de misses y prestamistas, y descansa de tanta belleza como el crepúsculo acumula en la civilización occidental cristiana.

No es cierto que las virtudes del hogar se marchiten con el humo de los puros. Ni que el caballo que relincha en la portería haya leído a *Lévi-Strauss* y quiera subir en el ascensor a pedir sus derechos y proclamar la justicia social durante todo el fin de semana. No es cierto que los leones del congreso sólo tengan ojos para mirar a las montas desnudas que nacieron de sus vientres de metralla cuando la gloriosa campaña de África, sino que la verdad puede leerse en la última fotonovela, todavía fresca de tinta y besos, como resultó al fin que la Biblia tenía razón.

Busca bien en tu cuerpo, entre el vello de las axilas, mírate debajo de los pies y a lo mejor encuentras la alhaja de tu feminidad, la joya inestimable y virtuosa que debes ofrendar al hombre de tu vida, el redondel de luz y pétalos por el que serás feliz por toda la eternidad, y si no encuentras nada que darle a ese hombre que viene silbando dentro de la música de *Joan Manuel Serrat*, busca entonces en un libro de espiritualidad patmos, o acude a la Plaza de la Paja y reza una jaculatoria.

Finalmente, alguien te perdonará la mala vida pasada y el león de la Metro se humillará a tus plantas, sin romperte ni mancharte, como los leones del coliseo romano respetaban a las mártires y las vírgenes.

Sube despacio las escalinatas de la virtud, ponle a tu cuerpo las ropas incoloras de la sencillez y hazte digna de que la sociedad industrial avanzada te desposea en una rueda de Prensa con fotógrafos que te piden un desnudo en exclusiva, reporteros que lloran lágrimas de bolígrafo y gerentes de hotel absolutamente dispuestos a concederte una suite nupcial contra presentación del documento nacional de identidad.

Porque la respuesta está en la Biblia, pero alguna vez pensaste en el suicido, ese vaso de agua que el poeta llamó «sencillez última del universo», reducir el trámite entre la vida y la muerte a un vaso de agua, a una sencillez última, el gran trago de las teologías pudiera ser solamente un trago de agua fresca, y era cuando vivías con la sed permanente de esa agua soñando en sueños ese trago, existir es eso, beberse a sí mismo sin sed, escribía monsieur en los cafés literarios de París, y tú ibas a beberte a ti misma con sed, tu vida toda, tu mala vida pasada del catecismo venía ya como un manantial, como un agua ligera y viva a llenar el vaso, arrastrando consigo una cápsula alegre, como un diminuto ataúd, y eso era todo.

Mas no lo hiciste. Demasiado bello, demasiado fácil, demasiado pronto.

Qué difícil el salto de la vida a la muerte, de la muerte a la vida, qué cruento el portazo, el transbordo, pero te lo habían hecho tan sencillo como un vaso de agua, dormir la siesta por toda la eternidad, un agua que se quedaría para siempre en tus riñones, como en dos pocitos infantiles, como en aquellos pequeños remansos de la infancia.

La sed, la sed, la minuciosa literatura de los prospectos farmacéuticos, estamos hechos de tipografía menuda, somos una lección secundaria de anatomía, toda nuestra biología cabe en un pie de página, y el agua y el polen de la cápsula adentrándose por tu cuerpo como la bruma y la luz se adentran en el bosque. Qué enramadas interiores

de sangre y venas, de hilos y linfas, qué siesta del fauno de la vida en tu cuerpo joven y muerto, en el bosque sagrado de tu cuerpo.

Era en lo que pensabas durante algún tiempo. La vida es una pequeña discordancia, como cuando hay ruido en la calle y se entornan las ventanas para dormir. Ibas a entornar las ventanas de tu cuerpo, ibas a entornarte dulcemente.

La vida era sólo esa vuelta que damos en la cama, entre sueño y sueño, o dentro del mismo sueño. La vida es un cambio de postura en la gran siesta de la eternidad.

Tú querías seguir durmiendo y tenías sed de agua fresca, sed que ya no te calmaban las vodkas con naranja, los whiskies con soda, todas esas cosas que se beben en los happenings y en los pubs. Porque detrás de los colores opalinos del licor, detrás del río turbio de los alcoholes, veías brillar, al fondo, un vaso de agua, una estrella de cristal de cocina, y alargabas tu mano hacia ella. Eras una muerta sedienta.

Pero, puesto que estás aquí, escucha el silencio de los cuerpos, la amenaza de los días, la palidez de los políticos, el miedo de los pájaros. Ahora se come en los autoservicios o en los supermercados, y es esa hora en que las hamburguesas se rocían con la sangre espesa y atomatada de la vida, y los empleados se limpian la boca con un periódico deportivo después de haber masticado el último presupuesto y haber bebido la cerveza gorda que orinan las sociedades anónimas.

Con grandes facilidades de pago puedes obtener una cámara tomavistas con la que filmar la agonía de los dictadores, o unos esquíes que todavía tienen colocado encima al esquiador muerto y amortajado de nieve. Mediante cómodos plazos puedes hacerte propietaria de un apartamento más grande que éste para llenarlo de sabandijas oratorias y de fiebres puerperales, y a media noche llorarás sobre la moqueta por el soldadito que no te contesta cuando le escribes cartas de amor, como cantan esos muchachos saludables que se mueven en la pecera cuadrangular de la televisión, entre algas de música y corales de imitación.

Aprende inglés intensivo por métodos audiovisuales y colócate en las orejas los auriculares de mantequilla que te conectan con la nevera de las casas decentes, en las cuales se está radiando el encuentro Madrid - Atlético, a no ser que se televise el parto quíntuple de una mula manchega por el segundo canal del culo. En fin, siempre te he dicho que la vida moderna está llena de posibilidades.

Escribe hoy mismo a la fábrica de sopas bobas recortando y enviando el adjunto cupón, porque puedes recibir contra reembolso una estilográfica con vistas de París o una batería de cocina en la que florecen las setas venenosas delicadamente dibujadas en Talavera. Consulta con los horóscopos, conoce tu destino, empálmate el hilo musical al ombligo y mete la cabeza en un secador para que tu perfil parezca el de *Nefertiti* con el gorro puesto. Ya te avisará el peluquero unisexual cuando tus cabellos hayan ardidido completamente y puedas ponerte, sobre los bucles de ceniza, una peluca de la señorita *Pepis* o un tocado de miel, gonorraea y tul ilusión.

Éstas son cosas que os pasan a las chicas de ahora por no miraros todas las mañanas dentro de los ovarios a ver si ha nacido ya el caracol de los cuentos infantiles o si asoma sus antenitas el limaco que te tomaste en el vaso de leche.

Hay que cuidar la higiene del cuerpo tanto como la del alma, porque está anticuado el precepto que prohibía desnudarse en la ducha. Ahora debes ser una mujer deportiva y siempre encontrarás a la venta, en las gasolineras de guardia, compresas para tu comodidad y desodorantes íntimos. Todo menos dejarte melena abandonada como una extranjera o llevar las uñas de color uña, porque la uña es transparente y debajo se ve la carne y eso hay que tapanlo con algo.

Los hombres, por su parte, tienen mucho que ofrecerte, desde descapotables con nervio hasta fines de semana en el Mar de la Tranquilidad, donde solamente corres el peligro de que los astronautas americanos te denuncien a la CIA por haberte traído una biografía de *McGovern* para leer en los ratos de ocio, mientras tu acompañante se va

a pescar.
Yo que tú, me casaba y tenía quintillizos.

Te escribo esta carta, a máquina, en un hogar solitario, barrido por las enfermedades, y sólo suena en el silencio mi tos, de vez en cuando, el rumor del frigorífico (hilo sagrado del hogar) y el tableteo de la Olivetti, que es esta pequeña ametralladora portátil que llevo bajo la axila, como *Al Capone*, desde mil novecientos sesenta y uno, y con la cual he ametrallado, en la medida de lo posible, todos los pálidos fantasmas de honor y blenorragia que rondan en torno nuestro y nos organizan.

Esto es una pequeña celda enladrillada de libros. Los libros son el muro de la vergüenza que vamos alzando y engrosando contra las inversiones del exterior, contra los ollajes de la vida.

Qué débil farallón, qué pared impresa para protegernos de eso que los estilistas del noventa y ocho llamaban las procelas. Detrás de esta pared maestra de libros no siempre magistrales he tratado de defender mi libertad de escritor y la vida breve de mi hijo, pero te aseguro que todo es en vano.

Perdona que te cuente algo de mí antes de terminar esta carta. Me miro escribir a mí mismo desde los retratos de *Álvaro Delgado* y *Martínez Novillo*, retratos de un joven malvado o que se quiso tal, y que me reflejan verde de nocturnidad.

Yo ya no soy un joven progre porque se me está pasando la juventud y porque he progresado, quizá, todo lo que tenía que progresar, aunque nunca es suficiente, ya sabes.

Una lámpara, una mecedora, una máquina de escribir. Los libros y la foto de mi hijo. Eso es todo. No es nada. Lo más eficaz de la juventud es la crueldad, la falta de sentimientos. No es lo mismo un revolucionario de veinte años que uno de sesenta, aunque las ideas sean las mismas.

El joven ha roto con la sentimentalidad familiar y aún no se ha creado una sentimentalidad nueva. Por eso puede ser cruel, implacable. El hombre viejo ha visto cómo las ideas se le iban esmerilando de sentimentalidad, inevitablemente. El sentimiento y el sentimentalismo son pequeños lastres burgueses, quizá, y también el joven se hace viejo y los padece. Pero no importa. El que la juventud más rebelde se aburguese un día, al cumplir años, no dice nada en contra de la rebeldía, de la revolución. Si a su edad cumplió con su deber histórico y puso algunas bombas ideológicas aquí o allá, es indiferente que uno se frustre, con el tiempo, personalmente. No importa tanto el destino del individuo como eso que *Hegel* llamaba «la Razón en la Historia». Así, con mayúsculas, que era, me parece, como él lo escribía. Uno ya no cree en las mayúsculas con tanta fe como *Hegel*, pero seamos fieles a la ortografía de los maestros. Cuando menos, a su ortografía.

El frigo, ya te digo, zumba en vano cuidando el hielo sagrado del hogar, y es como un nevera dentro de otra nevera, porque toda la casa se ha quedado de nieve y soledad, y aquí estoy, hibernado, invernando, con mi tos, mis libros, mi máquina, mi amor y mi tristeza. Todo muy decadente.

Una vez, no hace muchos años, encontré por fin eso que se busca a lo largo de la vida. La paz, la horizontalidad. Dice *Freud*, (bueno, don *Segis*) que tendemos a la horizontalidad, a la muerte, al reposo absoluto. Como el agua, naturalmente. Estamos trenzados de agua y ansiedad. Nada más. Aquello era un rincón de piedras y mar, en el Mediterráneo (¿es que hay otro mar?).

Yo no sé si había ido allí a escribir, a trabajar o a descansar. Pero de pronto, a la mañana, por mi ventana tosca, unos girasoles grandes, una playa de piedras y el mar, un poco de mar. Me hubiera quedado para siempre. Tendemos a la horizontalidad, sí, como el mar. También se muere el mar, dice el poeta. Allí se estaba bien.

La muerte y el amor se hacen en la cama. En una cama. Basta con ponerse horizontal para que todos los verticalismos de la vida se vengán abajo. Basta con tenderse boca arriba, ¿has probado?, para que nada importe nada.

Por lo que las señoritas de orden se resisten tanto a tenderse en la hierba o en una

cama es porque saben instintivamente, quizá, que las sustenta una moral de verticalidades, y en cuanto se ponen horizontales cambian los conceptos, se desordena el mundo, se relaja, y ya todo es posible porque todo da igual. Por aquella ventana mediterránea se veía el mar y el verano era un girasol gordo cabeceante de brisa y avispa.

O bien acariciar las orejas de fieltro de un gato, las manos de un niño, como lotos emergidos en el agua de la vida, en el estanque de la infancia. La sencillez, la sencillez última del universo. Lo decía *Juan Ramón Jiménez*. «La transparencia, dios, la transparencia». Escribía dios con minúscula para que fuese más transparente. Nos han engañado mucho, mentiras blancas y negras, y lo que buscamos ahora es la transparencia.

La transparencia y la horizontalidad. Yo procuro quedarme cada día más transparente. Hay que volcarlo todo en la vida para que la muerte, cuando llegue, se lleve sólo un pellejo vacío.

Es mezquino conservar el odre hinchado hasta última hora. Luego la sangría es mucho mayor. Quédate transparente, quema tu cuerpo y tu vida en todos los fuegos, o desángrate dulcemente a la sombra del mar, como yo aprendí a hacer entonces, y un día sentirás que las cosas pasan a través de ti.

La transparencia está en los niños, la tienen los niños. Luego, la vida nos hace opacos. Se ha escrito que los niños sólo tienen presente. Sí, lo que nos hace opacos es el pasado. Opacos a la luz del futuro.

Creo que nunca más encontraré aquel recodo de mar, aquella playa de piedras, aquel huerto de girasoles. Ahora te escribo en una celda de libros, emparedado de literatura, y he puesto un cazo con agua delante de la estufa para que se vaporice un poco el aire.

También a ti te imagino en la clausura de los libros. El *Marx* joven, las Memorias de *Adamov*, el Breviario de podredumbre, de *Cioran*, bellamente traducido por *Savater*, todo *Proust*, naturalmente, *Juan Carlos Onetti*, lleno de lirismo y de vacío, los sonetos de *Quevedo*, *García Lorca*, *don Ramón María del Valle-Inclán*, *Alberti*, ¿*Cernuda*?, *Byron* y *Wilde*, *Joyce*, ¿*Larra*?, «*Manhattan Transfer*», *Besteiro*, *Bergamín*, «*Cien años de soledad*», *Faulkner*, ¿*Kafka*?, y todos esos libros recientes, calientes, dudosos, apremiantes, todo eso que estamos escribiendo ahora mismo. Decía un viejo escritor español de antes de la guerra que todo pasa, incluso lo que no ha pasado nunca. *Sartre*, naturalmente. ¿*Cortázar*?

Y *Charlie Brown*, por supuesto.

El domingo, ya sabes, A lo mejor voy a terminar esta carta en domingo, cuando los matrimonios jóvenes pasean de nuevo la mediocridad de su noviazgo y los enfermos se agravan en todos los hospitales de ciudad.

«Yo odio los domingos, no hay nada en el domingo», venía a decir más o menos *Juliette Greco* —una progre de entonces— en la bacanal existencialista y subterránea de los felices cuarenta.

Los domingos, ya se sabe, son siempre el mismo domingo, aquel tedioso domingo de la infancia en que tuvimos anginas y comprendimos por primera vez que en este planeta no hay nada que hacer y que como dice *Cela*, el pequeño, el único y gran problema de este mundo es el aburrimiento. «Vivimos dramáticamente en un mundo que no es dramático», escribió el distante *Santayana*. Sí, el dramatismo lo ponemos nosotros, porque si no nos aburrimos.

Toda juventud necesita una épica, y mejor que la épica fascista de los años treinta, por ejemplo es esta épica hippy del viaje, la marihuana, la trashumancia, la libertad, el sexo y el Oriente.

Lo que hace falta es que no se quede todo en el folklore. Algo hay de positivo, y es que no son románticos, como se ha dicho. El romanticismo fue, ante todo, una

entronización del yo. Estas multitudes juveniles, «más rubias en su dispersión», buscan, por el contrario, el anonimato, el grupo, la disolución de una multitud de humo, pelo, droga y música. Claro que los tenderos de King's Road, que están en todo, han democratizado el satanismo de *Baudelaire* y las multitudes jóvenes son hoy una repetición y un híbrido de *Rimbaud* y *Billy el Niño*, viviendo una especie de malditismo colectivo.

Lo que caracterizaba al «maudit» romántico era la unicidad. Ahora hay como miles de *Lautréamont* y *Verlaine* repartidos y difusos entre la juventud.

Incluso el poeta maldito, máximo arquetipo de imparidad, fruto tardío y único del romanticismo, se ha democratizado hoy, se ha difundido gracias a los grandes almacenes, y el empleado de vacaciones se viste de *Rimbaud* sin saberlo para pasar quince días en Amsterdam.

Todos los adolescentes pasados son *Baudelaire* y todas las negras son *Juana Duval*. Aquellos grandes solitarios sin descendencia pudieran decir hoy de esta multitud, con frase de *Arthur Miller*, “todos son mis hijos”.

Toda juventud necesita una épica, decía, porque si no, se aburre. Hoy es domingo y vuelve a verse mejor que nunca, en el ordenamiento dominical del mundo, que no hay nada que hacer. La tarea es uno mismo, una misma, la tarea es la humanidad, y de ahí nace toda dialéctica.

No hemos venido aquí a cumplir un encargo. El encargo somos nosotros. El recado eres tú, te decía en otro momento paternalista de esta carta.

Pero hoy es domingo y a los niños los han vestido de amortajados y los padres se ponen el bigote dominical, cepillado de nicotina, y las familias caminan delante de las familias, quizás para verse mejor, en perspectiva de generaciones, para desdoblarse, y por la mañana ha habido algunas víctimas del vermut y las patatas fritas, pero se los han llevado en la ambulancia blanca a un sanatorio de arroz con leche y se están reponiendo rápidamente entre flores de plástico y oraciones de misionera japonesa.

El almuerzo de los domingos tiene siempre sorpresas familiares, como aquella ocasión en que encostrasteis la mano de la muerta en el besugo, o cuando menos un dedo, pues la niña se había ahogado en la playa. Pero los almuerzos dominicales tejen mejor que nada la unidad de las familias, y la hija adolescente comprende que en la semana que empieza ha de asesinar al novio con un punzón de mamá, con un agujón de la mantilla española, pues si no corre el peligro de perder su virginidad debajo de un banco del paseo, con lo que sería expulsada para siempre de estas comidas tan hermosas, de estas fiestas familiares en las que siempre expira algún bisabuelo con la tráquea atravesada por una espina que había dentro de un buñuelo.

Tú también hiciste una vez ese propósito de asesinar a tu primer novio para salvaguardar tu virginidad, como *Santa María Goretti* y *Santa Gema Galgani* (sólo que lo de ellas no fue asesinato). Incluso guardaste en tu pecho el alfilerón negro de los funerales y con él le picabas al muchacho en el sexo cada vez que te ponía la mano en los calcetines.

Ahí nació el sadismo de tu condición femenina, que algunas desarrollan y cuidan toda la vida, hasta conseguir una virtud acrisolada y una colección de pretendientes con el corazón seco y punzado, que luego de casan con otra, la cual, en la noche de bodas, descubre que ha contraído matrimonio con un muerto y, de todos modos, le mira los muslos y le roba la cartera antes de volverse con mamá o de irse a un convento para siempre.

El domingo es el día en que se le cambia el agua a la pecera de la humanidad, y todos nos ahogamos en seco. El lunes ya es otra cosa «Lo tan real, hoy lunes», dice un verso. El lunes nos devuelve a las aguas de la realidad, a la sustancia salada y nutritiva de la vida.

Aparte de los domingos, hay días, momentos —«días sin día, horas de deshora»— en

que también nos sentimos ahogar, en que también nos falta el agua de la pecera o la sustancia fluente de la vida.

Yo sé de libros, cuadros, recursos, trucos para volver al fondo acogedor de la existencia. Primavera Negra, El cuarteto de Alejandría, A la sombra de las muchachas en flor, El obispo leproso, Residencia en la tierra, *Goya, Bacon, Blake, Zurbarán, Turner, Pollock*, tienen esa cualidad pastosa de la existencia, son nombres, obras, prosas, colores, metáforas por donde corre el légamo vital y confuso que puede salvarnos.

Salvarnos hasta otro domingo, claro.

Pero viene la tipografía decorada de luces bondadosas, mienten las linotipias por unas pocas pesetas, miden tu vida los barómetros ingleses de las casas bien puestas, barómetros estilo Victoria o estilo Georgian, de 1800 o de 1850, y los políticos viajan en aviones que llevan antifaz en el motor, para abrir mercados a los productos de la tierra, las alfombras persas tienen dormido en su entramado un niño que padece tracoma de tanto fabricar alfombras, un niño con una larga uña perforada para pasar el hilo de la alfombra, y de la América del Sur llegan los terremotos como oleadas geológicas, con relaciones de víctimas y muertos minuciosos.

Dice *Nietzsche* que Dios es nuestra más larga mentira, cosa que está por ver, según las últimas estadísticas, y en el Extremo Oriente arde una guerra pequeña, tenaz y oblicua, mas los grandes almacenes han recibido novedades fascinantes para esta temporada, desde el impermeable de fibra para caballero hasta el pantalón en pekari para señora.

Supongo que ya han pasado algunas navidades por tu vida, pero no te voy a aconsejar, contra la náusea existencial, que cantes un villancico, porque la náusea existencial les suena ya a villancico a los filosofes postsartrianos, y debajo de la tierra hay hombres con cascos y linternas, buscando la matriz luciente del carbón, y el Papa dijo una misa, en la última Nochebuena, dentro de un túnel, tocado con un casco de minero forrado de satén blanco.

Las lámparas, las lámparas, pon más lámparas en tu vida, en tu hogar, ilumina intensamente el paso de las enfermedades, el mundo no es sino un fanal o celemín donde esconder una lámpara. Lástima que ya no vayas a ordenarte religiosa ni a leer los ensayos políticos del *Conde de los Andes*.

Lástima que las joyas se hayan apagado sobre tu carne desencantada, lástima que los coñacs de la televisión no te devuelvan la fe perdida.

Hay empresas modelo que llevan cincuenta años de relaciones con sus clientes y amigos y colaboradores, y a todos ellos les ofrecen garantías de servicio y calidad. «Hijos, sí, maridos no», gritaban las estudiantes en algunos inviernos de la Universitaria.

Ahora tienen ocho tipos de vivienda de superficie y composición diferentes en el edificio Lucero Austral, viviendas acogidas a los beneficios de la Ley Castellana, con superficies entre 119 y 175 metros cuadrados, supermercados y magníficas comunicaciones, y nueva línea de Metro que próximamente entrará en funcionamiento. Los cigarrillos, los cigarrillos, es el momento de fumar un Camel, ven adonde está el sabor, ven al sabor de Marlboro.

¿Por qué no subes a lo alto de la Torre de Madrid, te desnudas y haces señales de humo con tu ropa a los proxenetas de la Gran Vía? Todo menos seguir soportando la conversación de los muertos, la velocidad del Real Madrid y el optimismo de las freidurías.

Lee muy de mañana un editorial de prensa sobre política exterior y evolución interior. Te sentirás mejorada. Las naranjas españolas están ya en todos los mercados de Europa porque no tienen Diphennyl, lo que quiere decir que son más puras, más naturales y gustan más. Ya ves que la verdad de España se impone siempre, antes o

después.

Do you speak english fluently? Parlez-vous le français couramment? Sprechen Sie fließend Deutsch? Si no es así, sigue un curso por correspondencia y vete colgando las lecciones, a medida que las recibas del clavillo del water.

Claro que ahora hay un procedimiento especial de urgencia para infracciones administrativas de disciplina del mercado, lo que supone una nueva medida contra el alza de precios. Si tú fueses ama de casa, estas cosas te reconfortarían mucho, pero si no eres ama de casa, yo no sé cómo reconfortarte. ¿Sabes que hay peritos o ingenieros técnicos mecánicos que pueden ganar hasta trescientas mil pesetas al año? No te quejes, pues, por falta de marido. Hace mucho tiempo que no disfrutamos una guerra y sobran hombres por todas partes.

Los hombres están por ahí vendiendo neveras a domicilio, haciendo mapas de la polución, tomando chatos en la calle de Infantas, leyendo penosamente las revistas de desnudismo que les traen los amigos del Benelux y jugando a los dados sobre la espalda desnuda de una chica del alterne.

Los hombres, cuando pasan tantos años sin una guerra, no saben en que dar y algunos se hacen homosexuales, otros crean inmobiliarias y los más agresivos están en la Casa de Campo haciendo los cien metros lisos antes de ponerse el birrete académico.

Lo que sobra son hombres para casarse.

A ti quería yo haberte visto después de la guerra, cuando todos se habían quedado por allá, y los que volvían, volvían chamuscados. Entonces sí que era difícil encontrar un marido, y menos un marido con porvenir asegurado, a no ser que tuviera la suerte de hacerse abogado en uno de aquellos exámenes patrióticos. Un hombre, entonces, valía por un hombre. Ahora, ni la décima parte que mil impactos de imagen publicitaria por segundo. La que se casaba, entonces —para que lo sepas— era mucha mujer. Y todas iban enteras al matrimonio, eso sí.

No le ibas a cargar con una fruta picada, después de haber ganado una guerra, el hombre.

Cosas de las que te puedes morir: infecciones originadas por bacterias insensibles a la penicilina, aparte de la osteomielitis aguda, el ántrax, los abscesos de tejidos blandos, la endocarditis, la trombosis del seno cavernoso, empiema, pleuresía purulenta, infecciones puerperales, mastoiditis con complicaciones intracraneales, etc. etc.

La vida, pues, es una cosa fortuita. Lo científico sería morir enseguida. Claro que hay sustancias y principios activos que te producen una acentuada fluidificación de las secreciones viscosas, junto con los efectos analépticos, pero tú debes tener cuidado con las afecciones de síndrome adrenogenital (excepto la forma de pérdida de sal) artritis gotosa aguda, pénfigo y colitis ulcerosa.

La vida está llena de amplios espectros antimicrobianos y tiene gran actividad selectiva frente a las cepas bacterianas resistentes, pero piensa que estás habitada de bacterias Grampositivas (estafilococos, estreptococos y neumococos) más varias especies de bacterias Gramnegativas (gonococos, brúcelas, meningococos, hemofilus) de modo que a toda esa fauna ya toda esa flora le llamamos la salud lírica de tu cuerpo, una muchacha hermosa.

La salud no es sino un delicado equilibrio de deflagraciones. Escucha la música de tu pelo, los reóforos de tu pensamiento, mira tus ojos por dentro, flotantes en sangre y luz, toca el improntu de tus dientes, obtén saliva de las glándulas y hazla descender hasta esa zona borrosa donde se pierden los alimentos, los besos, la tos y el deseo.

Busca tu esqueleto, despacio, con la mano, en el cuello, allí donde es sólo una delicada orfebrería, persigue los alones frustrados de tu espalda, atiende al crecimiento a golpes de las uñas, estudia tus pies, labrados como piedras aztecas, toma a peso tus senos, como dos cosechas abandonadas, escucha la vida con el oído en tu ombligo, mira cómo los pulmones bucean, cómo el corazón despliega alas de sangre, obtén algún producto lívido del interior de tus orejas, suénate, repasa con las yemas de los dedos la desolación de tus glúteos, y medita en la verdad del alma, esa paloma que echaron a volar los filósofos bujarrones y que anda posándose en los huesos de tu esqueleto, volando de unos a otros como dentro de un palomar.

El alma, el alma. Siempre pensaste que la bioquímica era tu madre natural, que te había abandonado, la muy zorra, en brazos de unas solteronas de acrisoladas virtudes occidentales, como la ley, el orden, la verdad, el futuro, la paz, el amor, la honestidad y la resignación.

Eres sangre y sal, agua y sal, sal y defecación, pero debes dibujar despacio, con el pensamiento, la línea de tus caderas, para saber si son perfectas, y dejar que la hierba de oro de la vida crezca en tus muslos, mientras el primate hembra se agazapa dulcemente en tus axilas.

Escucha las factorías minuciosas del hígado, las destilerías que trabajan en tus riñones. *Nabokov* quería volver del revés a Lolita para besarle los riñoncitos.

Tu vejiga va haciendo un resumen de todo lo que eres, haces, comes, bebes, sueñas, y lo va depurando y destilando, hasta que queda en ella un alcohol marino, un licor musical, y en tanto los ovarios giran como planetas parados zumbando vida, sangre, muerte, cáncer y amor. Los caracteres bruynerianos son reductibles a fórmulas de primero de Químicas, y a la vagina no llegan las terminaciones nerviosas para que el parto no resulte tan insoportable.

Si pones tu mano derecha en tu hombro izquierdo, has hecho amistad con una estatua. Si tapas tu sexo con una red de dedos, has creado un mito.

El tiempo ya lo hemos dicho otras veces, trabaja dentro de ti como el mar dentro de los ahogados. Eres este cuerpo que tienes, pero este cuerpo no es el de hace diez años, ni el de dentro de diez años. Cada día, una desconocida, un desconocido viene a tus brazos. Vives en él, te conviertes en él, y al día siguiente, cuando ya te habías acostumbrado a tus brazos y tus piernas, tienes ya otro cuerpo, eres otra persona.

Nadie tiene un cuerpo, sino una sucesión de cuerpos. Y esto —ojo— no quiere decir

que tu esencia y tu sustancia sean lo permanente, testigo impasible de tantas mutaciones. No. Dicen los pensadores que cada hombre es muchos hombres. Y muchos cuerpos, pienso yo. Las células, sí, se renuevan íntegramente cada cierto tiempo. Pero tampoco es eso. Es, sencillamente que consistes en mutación, que vivir es dejar de ser. Hay quien se empeña en el ser en sí para sí y lo pasa fatal, claro.

Somos una sucesión vertiginosa de imágenes y elegir una de esas imágenes e inmovilizarse en ella para siempre resulta, además de inútil, suicida.

Cada día te alojas en un cuerpo distinto. No, tampoco es eso. Cada día, un cuerpo distinto accede a llevar tu nombre y asumir confusamente tus recuerdos. Consistimos en sucesión. La duración excesiva y mediocre de tu vida y tu cuerpo no es sino un espejismo de tu imaginación cansada. La inmovilidad es siempre un fenómeno óptico, ya sabes.

La muchacha de hoy se lo pasa todo apresuradamente a la de mañana y así siempre, y es sucesión indefinida y precipitada de muchacha eres tú. Todo muy cinematográfico, como diríais en el cine-club de tu provincia de tedio y plateresco.

En fin.

Calibra, pues, la calidad mineral de tus rodillas, la velocidad estática de tu cintura, el color húmedo de tu voz, la asamblea inocente y cruel de tus dedos, esos retazos de prehistoria que alumbran en tu vello, y tiéndete en la cama boca arriba para que las mareas de tu cerebro se repartan, en electricidad y dulzura, por todo tu ser.

Conocer el propio cuerpo es la única manera de conocer la propia alma.

El alma, si es algo, es eso, la voluntad de conocer, de auto-conocerse. La carne mirándose a sí misma. En la pizarra de mañana mismo están escritas las fórmulas químicas que te expresan, y lo sentimos por *Stendhal*, *Freud*, *Sócrates*, *Tomás de Aquino*, *Kant* y otros divagadores ilustres. La poesía es una poesía que no engaña porque sólo se pretende poesía. La filosofía es una poesía que engaña porque se pretende otra cosa.

La poesía explica más porque no explica nada. La filosofía no explica nada porque explica demasiado. El color, la palabra, la luz, el sonido, el sabor, el sexo, la sustancia, la dureza, el frío, todo eso expresa la vida. El poeta no debe dar nunca una idea, sino una cosa, dice *Francis Ponge*. Porque la vida es cosa, es una cosa, y las cosas la expresan. La vida no es una idea, y la idea, religiosa o laica, es siempre una estilización falaz de la vida. Sólo eso.

Un cuerpo es el revelado de otro cuerpo. El revelado de tu cuerpo, que casi siempre se te oculta por conocido o desconocido, sólo puede dártelo otro cuerpo. Es la ganancia que deja el sexo. Sólo otro cuerpo te da la medida del tuyo. Necesitamos que nos sientan para sentirnos. Es más, necesitamos que nos deseen para desearnos. Porque lo cotidiano es que nos odiamos. El destino del cuerpo es otro cuerpo (*Salinas*). Un cuerpo, te digo, sólo se hace realidad en otro. Durante el resto del tiempo habitas un fantasma.

Toda filosofía es una teología de paisano. Debes creer en la química y en la lírica.

Pero no quiero terminar esta carta sin darte algunos consejos para evitar las violaciones. Por ejemplo, la violación mañanera en el metro o el autobús. Ya sabes que hay muchos sádicos y enfermos sexuales que toman esos medios de transporte urbano, no por economía ni por humildad, sino por aprovechar los túneles y los carriles únicos para abusar de la mujer, dar suelta a sus instintos más bajos y dejar la mano tonta.

Viaja siempre en taxi o cómprate un mini, sin cuidarte de lo que diga la nueva izquierda ni de sus críticas. Más vale burguesita intacta que progresista macerada. O bien las violaciones de restaurante, cuando el amigo de tu amigo, que está sentado frente a ti en la mesa, te mete la pierna por debajo del mantel, en el segundo plato. No debes decirle que tiene razón en su crítica lukacsiana a *Lévi-Strauss*, porque esto lo

interpretará como una aceptación y luego querrá quedar contigo para tomar un tinto en tu apartamento o en el suyo.

Dile, más bien, que a *Lukacs* todavía no lo has leído y que *Lévi-Strauss* se la coge con papel de fumar. Es una manera de darle a entender que la cosa está muy verde y que tendrá que iniciar un nuevo ataque a base de *Althusser*, *Saussure*, *Lefebvre*, *Barthes* o «El Criterio» de *Balmes*. Finalmente, está la violación de media tarde, cuando la polución se pone fucsia y cadmio en el Parque del Oeste, cuando las parejas cruzan cogidas por la cintura y él te va explicando las teorías sexuales del doctor *Marañón*, que a ti te deslumbraron por primera vez en tu lejana provincia de tedio y plateresco. Dile que antes de pasar a la acción te traiga una tarde el libro, pues tú no lo conoces y, por lo tanto, estás en inferioridad de condiciones.

Como él tampoco ha leído el libro, naturalmente, puedes orientarle diciéndole que seguramente está en la Austral. Y que busque. La Austral tiene más de mil números en su catálogo, y mientras encuentra el libro puedes ir poniendo tierra por medio.

En cuanto a las violaciones nocturnas en las fiestas y los happenings privados, ya sabes que todo consiste en preguntarte dónde está la cocina, pedirte que vayas con él a buscar un huevo duro en el frigorífico y, a la vuelta, armado todavía con el huevo duro, invitarte a entrar en cualquiera de las alcobas del pasillo. Debes decirle que primero se termine el huevo.

Y cuando se lo haya terminado le confiesas en un rincón que eres lesbiana y que quien te gusta de verdad es su santa esposa, pues estos ligones de happening y huevo duro suelen tener una santa esposa.

Si a pesar de todos estos consejos y advertencias, te violan un día de éstos, es que no tienes remedio y que eres una extravertida sexual. O una salida.

Alguna madrugada, de vuelta de una fiesta, un happening, una reunión política o una discusión literaria, nos hemos encontrado, tú y yo, al pueblo, a la gente, a los que barren y riegan, a los que madrugan y cantan, a los que recogen basuras, llevan el almuerzo abrazado contra el cuerpo y te miran con ojos parados.

Eso es el pueblo, ¿sabes? El pueblo. Los pobres. El trabajo, la gente.

Hemos estilizado al pueblo en las teorías hasta el punto de que ya no huele mal ni suda. Incluso en las teorías socialistas.

Tampoco vamos a cantarles así como está. Eso es populismo romanticoide. No son el modelo de nada. Son el testimonio de la tosca astucia occidental. Las víctimas, el residuo, el cimientito de esfuerzo y chorizo que sustenta tanta fina columna teórica, capitalista y analítica. (Dice *Sartre* que el análisis es algo típicamente burgués).

El pueblo, el pueblo. No el depositario de la verdad sino la verdad en sí. Un precipitado de realidad que ignora todas las teorías. El pueblo también es cosa, por eso es verdad. Una materia bruta de la que obtener algo, no se sabe bien qué. (Por favor, no digamos «una humanidad mejor», como los editoriales).

Decía *Gutiérrez Solana* de un Cristo escultórico: «Es tan persona que asusta». Bueno, pues eso pasa con el pueblo, eso pasa con un obrero visto de cerca. Es tan persona que asusta. Son la cantera con la que hay que edificar. Sólo ellos existen. Los demás transitamos. Como tienen menos historia que nosotros, son más naturaleza. Cantarles tal y como están es otra manera de traicionarlos. Pero sigue amaneciendo, ha venido la mañana rosa y plata, tú te vas a tu casa y yo a la mía, o tomamos todavía un desayuno, juntos, un café con leche que pone en marcha los motores de nuestra erudición y nuestra lujuria.

Mira cómo los alerces dan sombra a las grandes compañías de seguros y los colegios tradicionales sirven a sus alumnos grandes desayunos de sol, mira cómo los traperos se llevan en su carro y su burro los derribos de los últimos discursos oficiales, en tanto que las oficinas devoran cadáveres recientes y el ejecutivo se prepara su primer whisky con plata, petróleo y agua destilada. Cada amanecer tiene algo de rectificación de toda

la historia anterior de la humanidad y del planeta. Pero luego nada.
Busca bien en el periódico del día, que acabas de comprar antes de subirte a dormir, y encontrarás siempre ese pequeño anuncio por palabras de la muchacha segoviana con buenos informes que se ofrece para servir en casa de mucha o poca familia, con o sin niños, sabiendo fregar, planchar y cuidar a los enfermos.

FIN

ENTREVISTA A FRANCISCO UMBRAL

“La Resistencia al Franquismo estaba en el café Gijón, un lugar en el que nunca entraba la policía”.

Francisco Umbral tiene el pelo largo, la mirada corta, la bufanda larga, la faringitis crónica, la sonrisa falsa, la piel blanca, la prosa ligera y el alma de nardo del árabe español, como él mismo se define en el “Diccionario para pobres”, publicado por Ediciones Irreverentes. El propio Umbral ironiza sobre su obra “Aparte de escribir diccionarios subversivos, Francisco Umbral escribe libros, artículos, poemas y hace pintadas por horas a precio fijo. Es un esclavo de la pluma y de la brocha. Los críticos dicen que tiene buena pluma, pero lo que tiene es buena brocha, es un estilista de la brocha”.

Umbral, (Madrid, 1935), iniciado como periodista bajo el magisterio de Miguel Delibes, es autor de libros como “Diario de un snob”, “Las ninfas”, (Premio Nadal, 1975), “Carta a una chica progre”, “Memorias de un niño de derechas”, “Iba yo a buscar el pan”, “La belleza convulsa”, “Mortal y rosa”, “La noche que llegué al café Gijón”, “La leyenda del César visionario”, (Premio de la Crítica, 1992), “Madrid 1940” o “Madrid, tribu urbana”. Desde su columna diaria en El Mundo sienta cátedra y crea opinión. Fustigador de gobernantes, satírico y barroco, es tan importante para entender la España del siglo XX como Larra lo fue para comprender el XIX.

En 1996 recibió el Premio Príncipe de Asturias, en 1997 el Premio Nacional de las Letras, y en el año 2000 el Premio Cervantes. Es autor de más de 80 libros y los últimos títulos por él publicados antes de esta “Carta abierta a una chica progre” fueron “Cela, un cadáver exquisito”, en Planeta, “La república bananera USA”, en Ediciones Irreverentes, y la obra “¿Y cómo eran las ligas de Madame Bovary?”, en Destino.

P. —Sobre Umbral escribió un crítico que estaba lleno de carnalidades barrocas. ¿Es usted barroco?

R. —¿Barroco? Si, por supuesto. Por la influencia de autor como Heráclito, que era barroco mucho antes de que llegara el barroco, de Francisco de Quevedo, de Ramón del Valle-Inclán, de escritores franceses como Cocteau...

P. —Confieso mi predilección por la época en la que escribió “Diario de un snob”, “Las ninfas”, “Diccionario para pobres”, “Carta a una chica progre”, “Memorias de un niño de derechas”, “Iba yo a buscar el pan”... ¿Estoy anticuado, es lógico que me interese aquella época? ¿Los años 70 le aportaron un valor añadido a su obra?

R. —Es lógico. De pronto viene la libertad, de golpe. Los que escribíamos empezábamos con unos márgenes de libertad que nos emborracharon a todos. Con ese enorme ámbito que nos brindaba la libertad se potenció la literatura, que necesita libertad. Luego ya nos hemos acostumbrado a escribir en libertad. Ahora... no es que haya menos libertad que antes... sino condicionamientos sociales y empresariales; quizá en una revista no se pueda decir una cosa u otra, y en otro diario no se puedan decir otras cosas... pero al menos no hay una censura oficial, del Estado.

P. —Se ha hecho una nueva y muy distinta edición de su “Diccionario para pobres”, publicado al poco de morir Franco y desde entonces desaparecido. Dicen los críticos que es el “mejor Umbral, el más ácido y divertido”.

R. —En ese libro y en esa época hay un impulso de libertad, un viento de libertad que hace navegar el barco con más fuerza, belleza y violencia.

P. —En el “Diccionario para pobres” ya predijo la dictadura de las tecnologías y que los ordenadores serían usados para controlarnos, como hace ahora Estados Unidos, que con la excusa del atentado a las Torres Gemelas ha anunciado que controlará Internet.

R. —No es que sea adivino. Decía Camilo José Cela que el oficio de profeta está muy desprestigiado. El control de las máquinas, la evolución del mecanicismo era algo que se veía venir. El triunfo de la máquina en una sociedad tecnologizada era algo previsible.

P. —“Mortal y Rosa” es una de sus grandes obras, pero desde que la publica hasta la aparición de “Diario político y sentimental”, no se vuelve a incidir con tanta fuerza en el dolor, la muerte, la nada.

R. —Porque el hilo conductor es la enfermedad y la muerte de una mujer muy querida por mí, Carmen Díez de Rivera, que era más que la ayudante de Suárez, era su otro cerebro. Nuestra gran amistad y su enfermedad progresiva e incurable sustentan el libro. Carmen era una mujer bellísima e inteligentísima.

“La vida no vale para nada”.

P. —Usted escribió “Vuelvo a casa triunfador y triste”. Entonces, ¿para qué vale la vida?

R. —Para nada. La vida no vale para nada. El triunfo tiene un revés de tristeza.

P. —Se nota una cierta desesperanza.

R. —Ironía y escepticismo. De joven uno piensa que la vida es caótica. Se espera llegar a una cierta edad para que acabe el caos, para que reine la calma en nuestras vidas, cuando lo que sucede es lo contrario. Lo que se descubre es que el caos no tiene remedio, que estará siempre. Lo único que se puede hacer es instalarse definitivamente en él. El caos nunca va a cesar. Nunca tendremos soluciones definitivas para nada.

P. —¿Ha sido usted seductor o me lo parece?

R. —He conocido muchas mujeres en mi vida. Las mujeres acuden al escritor... las mujeres son un poco niñas, ingenuas, infantiles... y se deslumbran con una cosa que brilla que a lo mejor resulta ser una sortija de hojalata. Las deslumbra el triunfador, en cualquier cosa. Yo lo comprobé; intenté ligar de muy joven con resultados nefastos... menos mal que estaban las putas franquistas, que eran muy decentes y muy limpias... Pero desde que comencé a escribir y a salir en los periódicos las mujeres han acudido a mí con bastante fluidez.

“Carta abierta a una chica progre”, la desmitificación de su supuesta misoginia.

P. —Usted tiene un especial aprecio a este libro.

R. —Te miro en tu provincia de tedio y plateresco... Aún recuerdo el principio del libro, y han pasado treinta años desde que lo escribí. Creo que es uno de mis libros más literarios, uno de los libros en los que puse más cariño. A pesar del paso del tiempo sigue vigente, la realidad no ha cambiado, ahora la chica progre tiene otros deseos, otra estética, pero esas chicas jóvenes que vienen a Madrid a comerse el mundo siguen siendo aquella chica progre y siguen teniendo parecidos problemas.

P. —Aunque ahora la chica progre es una mujer que ocupa puestos importantes en empresas e incluso en el Estado.

R. —Ya hay mujeres ministras, mujeres que ocupan cargos en la justicia, mujeres toreras, e incluso una mujer oficial de la guardia civil. La incorporación de la mujer en todos los estamentos y trabajos es un signo de civilidad, porque una sociedad no funciona razonablemente sin todos sus individuos inmersos en un proyecto común. Sólo la Iglesia sigue enquistada en su rechazo de la mujer, lo cual considero que es reaccionario.

P. —Y ya el hombre no es el que manda en la relación. La mujer es libre de llegar y marcharse cuando quiera.

R. —Cierto. No hay sutileza suficiente para sujetar a una mujer que se quiere ir, pero hay sistemas para jugar, dejar y tomar, llevar y traer, pues la especie humana es promiscua y la mujer, además, es muy lista. Lo que creo que no saben los hombres es que ellas fornican con la imaginación.

“Estamos colonizados sentimentalmente por EEUU, vivimos en pleno American way of life”.

P. —Afirmó usted sobre el que fuera Presidente del Gobierno español: “Felipe González no está a la altura de su fracaso. No me decepcionó tanto el Felipe González

que delinquir en política como me decepciona ese hombre inteligente que no tiene recursos para mantener la figura del vencido”.

R. —Yo he sido socialista de verdad y lo soy. Yo soy socialista intelectualmente, marxista. La gente no sabe lo que es el marxismo, cree que es ir tirando bombas por ahí. Creo que Felipe González era un hombre excepcionalmente dotado, pero en aquellos difíciles años 80 no le salieron bien las cosas. El principal error de Felipe González fue no hacer socialismo.

P. —¿Usted cree que sus lectores le consideran un hombre de izquierdas?

R. —Sé lo que piensan de mí porque me lo dice por la calle la gente que me para constantemente. La gente me lee como autor de izquierdas; los sitios de donde me reclaman son los Ateneos XXI... son ateneos de jóvenes marxistas. Se reúne una gente cojonuda, los jóvenes que no son los de la litrona. Por allí hemos pasado Vázquez Montalbán, Fernando Savater y yo, que somos una generación claramente de izquierdas.

P. —¿Nuestro presente era el futuro que usted esperaba?

R. —Si nos fijamos en un momento... cuando la Transición, la esperanza lógica era una socialdemocracia a la Europea, como con Willy Brandt... luego, no llegamos ni a eso.

P. —En su “Diccionario para pobres” avisa que la crisis de crecimiento de Estados Unidos las soluciona con napalm... que proporcionan a los demás. ¿EEUU es el Imperio?

R. —La influencia de Estados Unidos es inmensa e impuesta. Es una presión tremenda en lo comercial, en aspectos como el petróleo. Su poder nos viene impuesto, pero a la sociedad le gusta vivir al modo yanqui. Llevamos pantalones vaqueros, bebemos cola, vemos cine de Hollywood, que nos gusta más que el europeo. Estamos colonizados sentimentalmente por EEUU, vivimos en pleno American way of life.

P.-Como respuesta a los atentados contra las torres gemelas de Nueva York, EEUU ha masacrado al pueblo afgano, igual que antes lo hiciera con el iraquí, con Vietnam o en los territorios de la antigua Yugoslavia. ¿La vida vale menos que otros momentos de la historia?

R. —La vida humana nunca se ha respetado. No respetó la vida humana Napoleón, no lo hizo Hitler, no lo hizo Julio César, la falta de respeto por la vida no es nueva, nunca ha existido. Lo que sucede es que hay más facilidad para que maten quienes tienen las grandes armas de destrucción masiva. Hay otros que hacen la guerra con piedras.

P. —Usted acusó a Bush en uno de sus artículos publicados en “La república bananera USA” de haber pasado a Goebbels por la derecha y plantea la guerra entre EEUU y Afganistán como una guerra que dura milenios y que no es sino el anticipo de una nueva guerra mundial.

R. —Un Imperio no admite otra actitud o pose que la Victoria. Vivíamos en paz mientras felaban a Clinton, pero la paz no es productiva y no se puede seguir calcando al obreraje con los bajos salarios. La guerra es la única fuente pacífica de dinero, como ya lo dijera Heidegger: «La guerra es la paternidad de todas las cosas». El pensador de la Selva Negra era un nazi inspirado. Marinetti había dicho que «la guerra es la única salud del mundo». Bush no los ha leído, ni puta falta, pero no otra ha sido la política USA a lo largo de los tiempos, desde que yo vi fascinado la primera peli de la guerra de Corea: la guerra como paternidad de todas las cosas.

P. —Usted escribe en los años 70 una frase que sigue siendo válida, y quizá más que nunca “Los sacerdotes hablan de sexo y violencia; los médicos hablan de la metáfora en Proust; las marquesas, de los Panteras Negras; los políticos, de los misterios marianos y los banqueros, de la mística de la pobreza”. ¿La modernidad era eso?

R. —Efectivamente, se refleja una cierta modernidad social. Tras 40 años de silencio, en los que no se hablaba de nada, salvo de la última comedia estrenada, de fútbol y de

negocios, todo el mundo comienza a opinar de todo. Eso que sucede al final del Franquismo y durante la Transición ha sido bueno, porque a fuerza de hablar de cosas de las que no se sabía las han aprendido.

“La Resistencia al Franquismo estaba en el café Gijón, un lugar en el que nunca entraba la policía”.

P. —Usted afirma que cualquier vida, bien contada, es una novela.

R. —Es una afirmación que siempre será cierta. Pero una novela no es eso y siempre eso. Hay otras fórmulas, otras cosas que contar, por ejemplo, las novelas de Edgar Allan Poe, que son más bien invenciones de poeta trágico.

P. —¿Podemos decir que la auténtica revolución de la narrativa aún está por llegar?

R. —La novela española actual es pobre de géneros, de escritura; como usted decía antes de comenzar la entrevista, está en manos de gente de la televisión, de famosos que firman libros, que venden únicamente porque son conocidos. Es un buen momento comercial, fíjese que hasta se está vendiendo bien mi “Diccionario para pobres”, pero es un momento culturalmente flojo.

P. —Tal vez por eso mira al pasado en “¿Y cómo eran las ligas de Madame Bovary?”.

R. —En este libro está todo lo que soy, todo lo que he escrito y todo lo que he leído. He querido rescatar de algún modo ese trayecto geográfico que va desde Montmartre a Montparnasse; de los románticos hasta los surrealistas, los más afines a mí, que siempre han sido fundamentalmente los franceses de finales del XIX hasta las vanguardias, que continúan siendo fundamentales para nosotros.

P. —De los autores españoles que escribieron durante el Franquismo ¿cuántos habrían sido alguien en una España “normal”?

R. —Durante el Franquismo hay un caso claro de sociología literaria. Durante 40 años un escritor que hiciera oposición al Franquismo, con un cierto talento, tenía el éxito asegurado, respeto y dinero... y la difusión en Europa, sobre todo en Francia, y en Hispanoamérica. A autores como Buero Vallejo o Lauro Olmo su prestigio les viene de su antifranquismo. Hay otros grandes escritores que mantienen la misma posición; la poesía social, José Hierro, Blas de Otero... En aquellos tiempos la Resistencia estaba en el café Gijón, un lugar en el que nunca entraba la policía.

P. —Ya me ha dicho que no quiere ser profeta, pero ¿qué autores de nuestra época quedarán?

R. —Tendría que ser una lista muy amplia, porque esto no es como el Tour de Francia, que hay un único ganador. En novela, en España, desde la guerra, quedarán Delibes, Cela, Caballero Bonald, Vázquez Montalbán. En poesía José Hierro, Blas de Otero, Gimferrer. Entre los autores hispanoamericanos García Márquez, Vargas Llosa y Borges, el valor más consagrado universalmente; un autor al que no le han dado el Nobel pero es como si se lo hubieran dado diez o veinte veces. De los norteamericanos quedará Updike. Pero ésta no es una relación definitiva, ni excluyente.

P. —¿Y por qué no tiene usted el Nobel?

R. —No reúno las necesarias condiciones de talento, esas que de pronto tiene un chinito. Vivo al margen del Nobel y de la inquietud del Nobel. Ya he ganado más premios de los que podía esperar cuando tenía 18 años.

Miguel Angel de Rus

Bibliografía

Narrativa

- Balada de gamberros*. Ediciones Alfaguara, (1965).
- Tamouré*. Editora Nacional (1965).
- Travesía de Madrid*. Ediciones Alfaguara (1966).
- Las vírgenes*. Azur (1969).
- Si hubiéramos sabido que el amor era eso*. Literoy (1969).
- Las europeas*. (1970).
- El giocondo*. Editorial Planeta (1970).
- Los males sagrados*. Editorial Planeta (1973).
- Las ninfas*. Ediciones Destino (1975).
- Mortal y rosa*. Ediciones Destino (1975).
- Teoría de Lola y otros cuentos*. Ediciones Destino (1977).
- Los amores diurnos*. Editorial Kairós (1979).
- Diario de un escritor burgués*. Ediciones Destino (1979).
- Los helechos arborescentes*. Editorial Argos Vergara (1980).
- A la sombra de las muchachas rojas*. (1981).
- La bestia rosa*. Tusquets Editores (1981).
- Las ánimas del purgatorio*. Editorial Mondadori (1982).
- Las giganteas*. Plaza & Janés Editores (1982).
- La belleza convulsa*. Editorial Planeta (1985).
- Pío XII, la escolta mora y un general sin un ojo*. Editorial Planeta, (1985).
- Sinfonía borbónica*. Ediciones Destino (1987).
- Un carnívoro cuchillo*. Editorial Planeta (1988).
- El día que violé a Alma Mahler*. Ediciones Destino (1988).
- Nada en el domingo*. Editorial Seix Barral (1988).
- El fulgor de África*. Editorial Seix Barral (1989).
- Leyenda de César Visionario*. Editorial Seix Barral (1991).
- Tatuaje*. Premio Antonio Machado (1991).
- Madrid 1940. Memorias de un joven fascista*. Editorial Planeta (1993).
- La rosa y el látigo*. Editorial Espasa-Calpe (1994).
- Las señoritas de Aviñón*. Editorial Planeta (1995).
- Madrid 650*. Editorial Planeta. (1995).
- Capital del dolor*. Editorial Planeta (1996).
- La forja de un ladrón*. Editorial Planeta (1997).
- Historias de amor y viagra*. Editorial Planeta (1998).
- Madrid: tribu urbana*. Editorial Planeta (2000).
- Diccionario para pobres*. Ediciones Irreverentes (2001).
- Carta abierta a una chica progre*. Ediciones Irreverentes (2003).

Ensayo

- Larra, anatomía de un dandy*. Ediciones Alfaguara (1965).
- Valle-Inclán*. Unión Editorial (1968).
- Lorca, poeta maldito*. Editorial Biblioteca Nueva (1968).
- Miguel Delibes*. (1970).
- Spleen de Madrid*. Organización Sala Editorial (1973).
- Las españolas*. Editorial Planeta (1974).
- Museo nacional del mal gusto*. Plaza & Janés Editores (1974).
- España de parte a parte*. (1976).
- Tratado de perversiones*. Editorial Argos Vergara (1977).
- Ramón y las vanguardias*. Editorial Espasa-Calpe (1978).
- La fábula del fallo*. Editorial Kairós (1985).
- El fetichismo*. Ediciones El Observatorio (1986).

- Guía de la postmodernidad: Crónicas, personajes e itinerarios madrileños*. Ediciones Temas de Hoy (1987).
- Guía irracional de España*. Arnao Ediciones (1989).
- La escritura perpetua*. Fundación Cultural MAPFRE Vida (1989).
- El Socialfelpismo: La democracia detenida*. Ediciones B (1991).
- Del 98 a Don Juan Carlos*. Editorial Planeta (1992).
- Las palabras de la tribu*. Editorial Planeta (1994).
- Lorca, poeta maldito*. Editorial Planeta (1998).
- El socialista sentimental*. Editorial Planeta (2000).
- Un ser de lejanías*. Editorial Planeta, S. A. (2001).
- Los alucinados: personajes, escritores y monstruos*. La Esfera de los Libros (2001).

Otras obras

- Lord Byron*. Agencia Europea de Ediciones (1969).
- Lola Flores, sociología de la Petenera*. Dopesa (1971).
- Memorias de un niño de derechas*. Ediciones Destino (1972).
- Amar en Madrid*. Editorial Planeta (1972).
- Retrato de un joven malvado*. Ediciones Destino (1973).
- Diario de un snob*. Ediciones Destino (1973).
- Crónicas antiparlamentarias*. Ediciones Júcar (1974).
- Diario de un español cansado*. Ediciones Destino (1975).
- La guapa gente de derechas*. (1975).
- Cabecitas locas, boquitas pintadas y corazones solitarios*. Ediciones 99 (1975).
- España cañí*. Plaza & Janés Editores (1975).
- Suspiros de España*. (1975).
- Iba yo a comprar pan*. Ediciones Sedmay (1976).
- Las cartas*. Ediciones Sedmay (1976).
- Mis mujeres*. Editorial Planeta (1976).
- Mis paraísos artificiales*. Editorial Argos Vergara (1976).
- Los políticos*. Ediciones Sedmay (1976).
- Las respetuosas*. Editorial Planeta (1976).
- Caperucita y los lobos*. AQ Ediciones (1976).
- Crónicas postfranquistas*. AQ Ediciones (1976).
- Las Jais*. Ediciones Sedmay, (1977).
- La noche que llegué al café Gijón*. Ediciones Destino (1977).
- El hijo de Greta Garbo*. (1977).
- Teoría de Madrid*. Espasa-Calpe (1980).
- Los ángeles custodios*. Ediciones Destino (1981).
- Spleen, cuaderno madrileño*. Ediciones de Arte y Bibliofilia (1981).
- Spleen de Madrid-2*. Ediciones Destino (1982).
- Diccionario cheli*. Editorial Mondadori (1982).
- España como invento*. Ediciones Libertarias (1984).
- Trilogía de Madrid*. Editorial Planeta (1984).
- Mis queridos monstruos*. Ediciones El País (1985).
- Guía de pecadores/as*. Editorial Anagrama (1986).
- Memorias de un hijo del siglo*. Ediciones El País (1987).
- Y Tierno Galván ascendió a los cielos*. Seix Barral (1990).
- Crónica de esa guapa gente: memorias de la jet*. Planeta (1991).
- Memorias eróticas*. Ediciones Temas de Hoy (1992).
- Memorias borbónicas*. Editorial Planeta (1992).
- La década roja*. Editorial Planeta (1993).
- Mis placeres y mis días*. Espasa-Calpe (1994).
- Diccionario de literatura (España 1941-1995): De la postguerra a la posmodernidad*.

Editorial Planeta (1995).

—*Los cuadernos de Luis Vives. Editorial Planeta* (1996).

—*La Derechona. Editorial Planeta* (1997).

—*Valle-Inclán. Los botines blancos de piqué.*

Editorial Planeta, S. A. (1998).

—*Diario político y sentimental. Editorial Planeta* (1999).

—*La república bananera USA. Ediciones Irreverentes* (2002).

—*Cela, un cadáver exquisito. Editorial Planeta* (2002).

—*¿Y cómo eran las ligas de Madame Bovary? Ediciones Destino* (2003).

Premios

—Castellanos y Leoneses del Mundo de las Letras (Junta de Castilla y León y Unedisa) en 2003.

—Casino de Oro Literario en 2000 por su labor literaria.

—Valladolid a la Trayectoria Literaria - Diputación Provincial de Valladolid, en 2000.

—Premio de Literatura en Lengua Castellana Miguel de Cervantes (Ministerio de Educación y Cultura) en 2000.

—Fernando Lara de novela (Editorial Planeta) en 1997 por “La forja de un ladrón”.

—Nacional de las Letras (Ministerio de Educación y Cultura) en 1997.

—Pluma de Plata —Club de la Escritura— en 1996 en reconocimiento a su trayectoria literaria.

—Príncipe de Asturias de las Letras - Fundación Príncipe de Asturias en 1996.

—Nacional de la Crítica de narrativa en castellano - Asociación Española de Críticos Literarios en 1992 por “La leyenda del César Visionario”.

—Premio Antonio Machado en 1991 por “Tatuaje”.

—Mariano de Cavia de Periodismo - Diario ABC en 1990 por “Martín Descalzo”.

—González-Ruano de Periodismo - Fundación Cultural Mapfre Vida en 1979 por “El trienio”.

—Nadal - Ediciones Destino en 1975 por “Las ninfas”.

—Carlos Arniches - Ayuntamiento de Alicante.

—Premio Gabriel Miró de Cuentos en 1964 por la obra “Tamouré”.



FRANCISCO UMBRAL (Madrid, 1932 - Boadilla del Monte, 2007).

Fruto de la relación entre Alejandro Urrutia, un abogado cordobés padre del poeta Leopoldo de Luis, y su secretaria, Ana María Pérez Martínez, nació en Madrid, en el hospital benéfico de la Maternidad, entonces situado en la calle Mesón de Paredes, en el barrio de Lavapiés, el 11 de mayo de 1932, esto último acreditado por la profesora Anna Caballé Masforroll en su biografía *Francisco Umbral. El frío de una vida*. Su madre residía en Valladolid, pero se desplazó hasta Madrid para dar a luz con el fin de evitar las habladurías, ya que era madre soltera. El despego y distanciamiento de su madre respecto a él habría de marcar su dolorida sensibilidad. Pasó sus primeros cinco años en la localidad de Laguna de Duero y fue muy tardíamente escolarizado, según se dice por su mala salud, cuando ya contaba diez años; no terminó la educación general porque ello exigía presentar su partida de nacimiento y desvelar su origen. El niño era sin embargo un lector compulsivo y autodidacta de todo tipo de literatura, y empezó a trabajar a los catorce años como botones en un banco.

En Valladolid comenzó a escribir en la revista *Cisne*, del S. E. U., y asistió a lecturas de poemas y conferencias. Empezó su carrera periodística en 1958 en *El Norte de Castilla* promocionado por Miguel Delibes, quien se dio cuenta de su talento para la escritura. Más tarde se traslada a León para trabajar en la emisora *La Voz de León* y en el diario *Proa* y colaborar en *El Diario de León*. Por entonces sus lecturas son sobre todo poesía, en especial Juan Ramón Jiménez y poetas de la Generación del 27, pero también Valle-Inclán, Ramón Gómez de la Serna y Pablo Neruda.

El 8 de septiembre de 1959 se casó con María España Suárez Garrido, posteriormente fotógrafa de *El País*, y ambos tuvieron un hijo en 1968, Francisco Pérez Suárez «Pincho», que falleció con tan sólo seis años de leucemia, hecho del que nació su libro más lírico, dolido y personal: *Mortal y rosa* (1975). Eso inculcó en el autor un característico talante altivo y desesperado, absolutamente entregado a la escritura, que le suscitó no pocas polémicas y enemistades.

En 1961 marchó a Madrid como corresponsal del suplemento cultural y chico para todo de *El Norte de Castilla*, y allí frecuentó la tertulia del Café Gijón, en la que recibiría la amistad y protección de los escritores José García Nieto y, sobre todo, de Camilo José Cela, gracias al cual publicaría sus primeros libros. Describiría esos años en *La noche que llegué al café Gijón*. Se convertiría en pocos años, usando los seudónimos Jacob Bernabéu y Francisco Umbral, en un cronista y columnista de prestigio en revistas como *La Estafeta Literaria*, *Mundo Hispánico*(1970-1972), *Ya*, *El Norte de Castilla*, *Por Favor*, *Siesta*, *Mercado Común*, *Bazaar*(1974-1976), *Interviú*, *La Vanguardia*, etcétera, aunque sería principalmente por sus columnas en los diarios *El País*(1976-1988), en *Diario 16*, en el que empezó a escribir en 1988, y en *El Mundo*, en el que escribió desde 1989 la sección *Los placeres y los días*. En *El País* fue uno de los cronistas que mejor supo describir el movimiento contracultural conocido como *movida madrileña*. Alternó esta torrencial producción periodística con una regular publicación de novelas, biografías, crónicas y autobiografías testimoniales; en 1981 hizo una breve incursión en el verso con *Crímenes y baladas*. En 1990 fue candidato, junto a José Luis Sampedro, al sillón F de la Real Academia Española, apadrinado por Camilo José Cela, Miguel Delibes y José María de Areilza, pero fue elegido Sampedro.

Ya periodista y escritor de éxito, colaboró con los periódicos y revistas más variadas e influyentes en la vida española. Esta experiencia está reflejada en sus memorias periodísticas *Días felices en Argüelles* (2005). Entre los diversos volúmenes en que ha publicado parte de sus artículos pueden destacarse en especial *Diario de un snob* (1973), *Spleen de Madrid* (1973), *España cañí* (1975), *Iba yo a comprar el pan* (1976), *Los políticos* (1976), *Crónicas postfranquistas* (1976), *Las Jais* (1977),

Spleen de Madrid-2 (1982), *España como invento* (1984), *La belleza convulsa* (1985), *Memorias de un hijo del siglo* (1986), *Mis placeres y mis días* (1994).

En el año 2003, sufrió una grave neumonía que hizo temer por su vida. Murió de un fallo cardiorrespiratorio el 28 de agosto de 2007 en el hospital de Montepríncipe, en la localidad de Boadilla del Monte (Madrid), a los 75 años de edad.